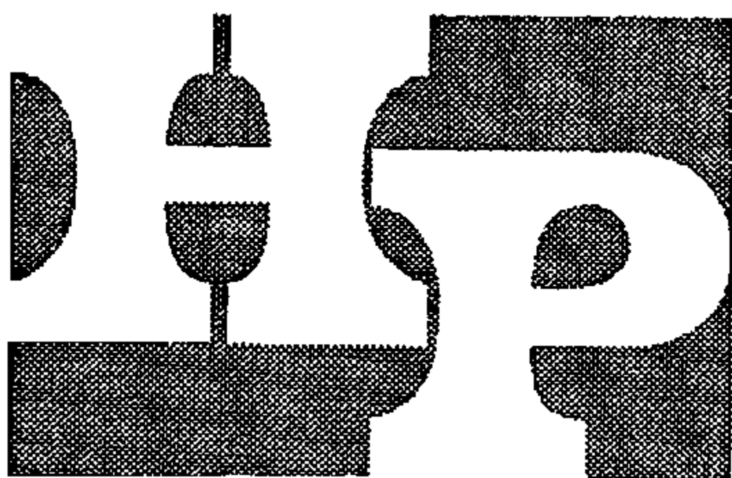



# «colorado bank»

## Silver Kane





# Héroes de la PRADERA



# Silver Kane

# «COLORADO BANK»

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 415
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 38329-1977

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, diciembre, 1977



Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

# PRÓLOGO

El hombre estaba tras su mesa, en la que había esparcidas una gran cantidad de piezas metálicas. A primera vista hubiera sido muy difícil decir si era un cerrajero, un relojero o un fabricante de armas de precisión, hechas a mano. Lo cierto era que parecía un tipo inofensivo, muy embebido en sus propios asuntos. Debía haber cumplido ya los sesenta años y tenía ese aspecto un poco miope de los que siempre han ocupado sus ojos en tareas muy delicadas y de gran precisión, que exigían una atención continua.

Ahora mismo estaba limando una pieza con tanto cuidado que parecía como si la acariciase.

La puerta se abrió.

Un tipo muy bien vestido, de unos cincuenta años, entró en el taller.

Tenía ese aspecto importante y orondo de los que sólo tienen éxitos en la vida. La riqueza le rezumaba hasta por los poros. Su mirada ladina y astuta se fijó en todos los detalles, en todos los rincones, antes de pasar al interior.

—Hola, Kinton —dijo.

El artesano dejó la pieza que estaba limando.

—Hola, señor…

Iba a decir el nombre, pero su visitante le cortó bruscamente.

—No hace falta que me menciones, Kinton.

—De acuerdo, señor. ¿Lo tiene instalado ya todo?

—Desde ayer.

—¿Y cómo funciona?

—Es una maravilla. Estoy muy contento de tu trabajo.

—Vaya… Lo celebro, señor.

—He venido a pagarte.

—Como estaba acordado, ¿eh?

—Justo. Como estaba acordado. A la hora y en las condiciones en que yo te dije.

Introdujo la mano en uno de sus bolsillos.

—Naturalmente —murmuró—, no llevo encima una suma tan elevada. Supongo que no tendrás inconveniente en aceptar un cheque.

—Estando firmado por usted, claro que no.

—Dame el recibo.

—En seguida, señor.

El otro se volvió. Fue a abrir un armarito que tenía a su espalda, y donde guardaba sus escasos documentos importantes.

Estaba desprevenido, tranquilo. No desconfiaba.

Su visitante extrajo entonces la mano del bolsillo.

Aquella mano apareció armada de un largo estilete. Tendió el brazo a través de la mesa, que no era muy ancha.

El golpe fue certero, implacable. O había sido ensayado muchas veces, o el asesino era un verdadero maestro.

Atravesó el corazón del artesano, que seguía vuelto de espaldas.

Éste se estremeció, más a causa de la sorpresa que a causa del dolor, que apenas había sentido. Su boca se entreabrió en un espasmo.

Logró volverse, pero la herida había sido mortal. Sus ojos vidriosos indicaron al asesino que acababa de realizar un trabajo bien hecho.

Las manos de la víctima se tendieron hacia él en un último y desesperado esfuerzo.

Logró sujetarle por las solapas, volcando la mesa.

—Tra… traidor… —balbució.

Intentó derribarle, pero no lo consiguió. Cayó al suelo pesadamente, mientras sus facciones iban adquiriendo la lividez cerúlea de la muerte.

El asesino se desprendió de él con un gesto de asco.

Estaba seguro de que nadie le había visto. Se dirigió hacia la puerta.

De pronto recordó algo: el recibo. Tenía que llevárselo.

Abrió el armario, lo recogió, se lo guardó en uno de los bolsillos y salió de la casa.

Ahora sí que no dejaba ninguna pista.

No se dio cuenta de que el muerto había sujetado con dedos trémulos la flor blanca que el asesino llevaba en su solapa. No vio que había hecho, sin quererlo, como una ofrenda al cadáver.

# Capítulo primero

El jinete atravesó la calle principal de Denver antes de apearse y amarrar su caballo ante el *saloon*. Parecía no tener inconveniente en que le viesen.

Entró en el local, empujando los batientes con el pecho.

Era un hombre alto, moreno y joven, con una pequeña cicatriz en el labio superior.

Y al entrar vio también a un hombre alto, moreno y joven, con una pequeña cicatriz en el labio superior.

Pero no, no se trataba de dos gemelos, como algún lector habrá imaginado tal vez.

El que acababa de entrar era un hombre real y concreto, mientras que el segundo estaba simplemente en una fotografía.

Una fotografía impresa en un pasquín.

Debajo se leía la cifra: «5000». Y más abajo aún, la frase consabida: «Vivo o muerto».

Pero al visitante no pareció importarle mucho aquello.

Daba por descontado que encontraría en muchos sitios pasquines como ése. Colorado estaba lleno de ellos.

Se acercó a la barra y pidió:

—Un *whisky* doble.

—Sí, señor Evans.

El camarero se lo sirvió con mano temblorosa. La mitad del líquido fue a parar fuera del vaso.

El forastero sonrió.

—¿Qué te pasa?

—Na… nada, señor Evans.

Arrojó una moneda sobre la mesa.

—Hala, cóbrate.

—No… no se preocupe, señor Evans. La casa invita.

—Vaya… ¡Qué amables!

—¿Va a estar mucho tiempo aquí?

—No. Sólo lo indispensable para resolver un asunto.

—Me… menos mal.

Evans sonrió.

—¿Tranquilizado, amigo?

—No se lo tome a mal, señor Evans. Usted puede estar aquí todo el tiempo que quiera.

—Naturalmente.

—Na… naturalmente, señor Evans.

El visitante bebió un sorbo de su *whisky*.

Y de repente arrojó el vaso al aire, mientras se volvía con la rapidez de una peonza.

Todo fue tan instantáneo, tan veloz, que los ojos de los espectadores apenas pudieron seguirlo.

Sonó un disparo.

El hombre que estaba detrás de Evans, con el revólver ya alzado, sufrió una crispación. Con los ojos desorbitados por el asombro y el horror, cayó de bruces sobre la mesa de la que acababa de levantarse.

Sus facciones se tiñeron de sangre.

La bala le acababa de penetrar por la mandíbula, siguiendo una trayectoria ascendente. El hombre se derrumbó.

Evans volteó el revólver en su derecha y lo guardó sin prisa.

—No valía la pena jugarse el pellejo por cinco de los grandes —murmuró—. Ese novato nunca debió haberse puesto en pie cuando yo levantaba el vaso, en el que se reflejaba su figura. Debió hacerlo mucho antes.

Bebió y salió tranquilamente, mientras los que estaban en el local no se atrevían ni a respirar.

Una vez en la calle, miró a un lado y a otro.

La calle principal de Denver estaba muy animada. Hacia cualquier lado que se mirase se tenía la sensación de riqueza, de poderío. Edificios nuevos se alzaban por todas partes. Había carruajes elegantes. Por los alrededores no sólo se veían vaqueros, como en las otras zonas ganaderas, sino hombres bien vestidos que iban con sus carteras bajo el brazo a sus negocios, todo lo cual

indicaba que Denver, la capital de Colorado, se estaba convirtiendo rápidamente en un importantísimo centro mercantil.

Evans pareció satisfecho de ver todo aquello.

«Así da gusto», pareció pensar.

Caminó a lo largo del porche, viendo reflejada su figura en los escaparates de las tiendas cada vez más lujosas. Pero no hacía eso para contemplarse a sí mismo, sino para contemplar la calle. Nada de lo que pasaba en ésta quedaba inadvertido para él.

Se dirigió al Colorado Bank.

Era, con mucho, el más importante de la ciudad. Había sido fundado apenas tres meses antes, pero ya guardaba la mayor parte del dinero del territorio.

La razón no estaba en que pagara un poco más de interés que los otros. No. Por el contrario, el Colorado Bank daba un medio por ciento menos. Pero sus arcas eran tan seguras, tan sólidas, tan a prueba de robos, que todo el mundo prefería conservar su fortuna allí. Existía, al menos, una seguridad: el Colorado Bank no sería expoliado nunca. Los que tenían depositada su confianza en él, sabían una cosa: nunca se cerrarían las ventanillas y se suspenderían los pagos por el hecho de que los fondos del establecimiento hubieran sido robados.

Evans lo contempló largamente.

Sus ojos entrecerrados se fijaron en cada ventana, en cada puerta, en cada relieve de las paredes.

—¿Malos pensamientos, Evans?

El pistolero volvió un poco la cabeza. Lo hizo sin prisa, porque sabía que el hombre que acababa de hablarle no iba a disparar. Era demasiado viejo para arriesgarse a ganarle por la mano. Y demasiado apegado a las leyes para matarle sin haberle hecho al menos una advertencia previa.

Evans vio la estrella, las piernas ligeramente arqueadas y la derecha con los dedos muy cerca del revólver. Vio las facciones ya algo arrugadas del *sheriff* de Denver.

Sonrió.

—Hola, señor Talbot. Habrá tenido una buena sorpresa al verme por aquí, ¿eh?

El *sheriff* apretó los labios.

—Te he hecho una pregunta, Evans.

—¿Que si tengo malos pensamientos? ¡Pero qué cosas se le ocurren, señor Talbot! Sabe de sobra que yo nunca he asaltado un Banco. No es mi especialidad.

—Aunque hubieras asaltado muchos, no se te ocurra meterte con ése.

—Claro que no, señor Talbot. Déjese de tonterías. Lo mío son las diligencias; pero ahora, ni eso, porque no tengo banda.

—¿La has deshecho?

—¡Pues claro que sí!…

—No te creo.

—Puede creerme, *sheriff*. No tengo ya hombres que trabajen para mí. Les pagué a todos lo que pude y les envié al diablo. Quizá piense que es mentira, pero puede comprobarlo.

El *sheriff* Talbot se mordió el labio inferior.

—Lo extraño es que sé que no mientes —dijo.

—Claro que no miento… Todo el mundo se ha enterado de que licencié a mis hombres. Ahora estoy solo y quiero ser una persona honrada. ¿Tan extraño es eso?

—¿Una persona honrada y acabas de matar a un hombre en el *saloon*?

—El trataba de acribillarme por la espalda. Trataba de ganarse cinco de los grandes sin arriesgar nada a cambio.

Talbot volvió a morderse el labio inferior.

—También eso es cierto —dijo—. Me han explicado cómo ocurrió esa muerte.

—¿Lo ve?

—Evans, ya sabes que yo nunca mato sin avisar.

Mi sistema tampoco es tirar por la espalda. Pero aunque hayas licenciado a tus buitres, sigues siendo un reclamado por el que se paga en este territorio una bonita fortuna.

Quizá en otras circunstancias Evans hubiera provocado al viejo *sheriff* preguntándole: «¿Y por qué no trata de ganársela usted?».

Pero ahora se calló. Hizo un gesto de impotencia, como si quisiera significar que él no tenía la culpa de todo aquello.

—Quiero paz en Denver —dijo el *sheriff*, a continuación—. Ésta es una ciudad que está cambiando y donde no debe imperar ya la simple ley del revólver. De modo que te daré salida libre si me prometes una cosa: largarte de la ciudad antes de una hora y no

volver jamás a ella.

Evans abrió las manos, como indicando que él estaba conforme con todo.

—Muy bien, *sheriff*.

—Recuérdalo: una hora.

—Una hora, *sheriff*.

Y el pistolero volvió la espalda, alejándose poco a poco.

Dirigió una última ojeada al edificio del Banco.

Buena jaula aquélla, demonios.

Ya podía estar bien seguro el dinero que metiesen allí.

Fue andando hasta el otro extremo de la calle, donde había un hotel modesto llamado El Reposo. Se dirigió al *comptoir*.

Al empleado se le cayó el periódico que tenía en las manos y que estaba leyendo con la mayor atención.

—Bu… buenas, señor Evans.

—Hola.

—No me dirá que… que quiere alojamiento.

—¿Y si lo quisiera, qué?

—Pues… pues echaría a cualquiera para dárselo, señor Evans. Usted nos… nos honra con su visita.

—Hum… Por lo que veo, ése es un honor que le hace temblar la mandíbula, amigo.

—No… no haga caso. Es la alegría que siento. Estoy a punto de reír, ¿no lo nota?

—Se oyen las carcajadas desde el otro lado de la ciudad, muchacho.

—Bueno… ¿Qué habitación quiere?

—Tranquilízate. No he venido a alojarme en tu cochino hotel. Yo voy a sitios de más categoría, ¿sabes? Sólo quería saber si James está en su habitación.

—¿James Usher?

—El mismo.

—Estaba hace media hora, pero ha salido a dar una vuelta. Siempre da un paseo, por las mañanas, por los alrededores de la ciudad.

—Ah, bien.

Tomó uno de los cigarros que el empleado tenía en un cajón abierto, lo olió, se lo metió en la boca y se dirigió a la puerta.

Pero antes de atravesar el umbral, murmuró:

—¿Sabes si ha recibido visitas?

—Ninguna, señor Evans.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Una semana.

—Ah, bien.

Y salió definitivamente.

El empleado tomó el periódico y se le volvió a caer otra vez. Estaba tan excitado que le temblaban los dedos. Empezó a secarse con el pañuelo el sudor que cubría sus facciones.

En cambio, Evans estaba perfectamente tranquilo mientras se dirigía a la puerta del *saloon* a recoger su caballo.

El cadáver ya debía haber sido retirado, porque no se veía a nadie por allí. Desligó el corcel, montó en él y salió picando espuelas.

Unos instantes después empezaba a aparecer gente hasta por debajo de las sillas.

Una verdadera serie de «valientes» empezaron a despotricar contra el pistolero en voz alta.

—¡A tipos así habría que llevarlos a la horca apenas entran en una ciudad!

—¡Si llego a enterarme de que estaba aquí, lo mato!

—¿Y el *sheriff*? ¿Por qué no ha hecho nada el *sheriff*?

—¡Ése ya está demasiado viejo!

Los «héroes» aparecían ahora por todas partes. Todo el mundo gritaba, pero nadie tomaba un caballo para perseguir a Evans.

Éste, mientras tanto, avanzaba al trote con la mayor tranquilidad.

No se había alejado de la ciudad ni siquiera dos millas.

## CAPÍTULO II

Pronto vio a James Usher.

James Usher era un hombre tranquilo que cabalgaba a lomos de un penco. Debía ser verdad que estaba dando un simple paseo, porque no parecía tener prisa. Llevaba un rifle cruzado sobre la silla, aunque su actitud denotaba que no esperaba encontrarse con ningún peligro.

El no vio a Evans.

Evans, mucho más experto en encuentros en la pradera, se había situado a la perfección para que el otro se cruzara en su camino. Aguardó detrás de una alta roca que les cubría a él y a su caballo.

Aunque desde aquella posición no veía a James, oía, en cambio, perfectamente el trotar de su caballo.

Pronto lo tuvo delante.

Evans apretó los labios.

El otro no se había dado cuenta de nada, absolutamente de nada.

Gritó:

—¡Usher!

Usher fue a volverse. Hizo girar el rifle con toda la velocidad que le permitieron sus manos.

Pero no llegó a tiempo.

Evans había disparado ya, sin darle ninguna ventaja.

Alcanzado en mitad del corazón, James Usher se derrumbó lentamente. No pudo llegar a pronunciar la palabra que tenía en los labios, pero era fácil adivinarla. El caballo relinchó y se encabritó locamente, empezando a dibujar círculos en torno al lugar del crimen.

Evans guardó el revólver.

Ni un músculo se había alterado en sus facciones, como si aquello fuera algo perfectamente normal para él.

Saltó del caballo a tierra.

Se acercó al cadáver y empezó a registrarlo. Le sacó todo lo que llevaba en los bolsillos, como buscando algo que no apareció. Sin embargo, aquello no pareció contrariarle.

Más bien una leve sonrisa flotaba en sus labios.

Había terminado el registro cuando le pareció notar el galope de un caballo que se acercaba a gran velocidad hacia allí. Como había cerca una zona de tierra blanda —que precisamente él había aprovechado para acercarse sin que James lo oyera—, se dio cuenta de que había captado la presencia del jinete cuando éste ya estaba casi encima.

Extrajo el revólver con un movimiento centelleante, tratando de ponerlo en línea de tiro.

No pudo.

El recién llegado disparó por encima de las orejas de su caballo, casi sin apuntar, con una rapidez y una precisión implacables.

El revólver de Evans saltó por los aires.

Una leve rozadura se había producido en su mano derecha. El pistolero se puso en pie de un brinco. Sabía reconocer cuándo un tirador era mejor que él, y éste lo era.

Bruscamente, se sintió perdido.

No tenía escapatoria, no podría ocultarse en ninguna parte para evitar que el otro le matase como a un coyote.

¿Por qué no disparaba? ¿Es que quería divertirse con él antes de enviarle al infierno?

Bruscamente, alzó la cabeza, mirando a la cara de su enemigo.

Y una mueca de estupor se marcó en sus facciones. De estupor y al propio tiempo de alegría, porque supo que aquél era el único hombre en el mundo que se lo pensaría cien veces antes de matarle.

—Johnny… —murmuró.

El otro guardó el revólver, todavía humeante, en la funda.

No dijo una palabra.

Evans se había puesto en pie, con los brazos en jarras.

—¿Qué dice mi hermanito Johnny? —murmuró—. ¿A qué has venido? ¿A clavarme una bala en la cabeza?

Johnny Evans crispó nerviosamente los dedos en torno al cuello

de su montura.

—Eso es lo que debería hacer —masculló—. Eso es lo que debería hacer sin pensarlo dos veces.

—¿Para ganarte los cinco mil?

—Si vuelves a soltar otra frase como ésa te vuelo la tapa de los sesos.

Evans dejó caer las manos a lo largo del cuerpo.

—Hala —dijo—, atrévete.

—Sabes que eres el único hombre a quien no puedo matar. Eres mi hermano, aunque estemos en campos opuestos. Aunque yo sea un federal y tú un bastardo asesino. Pero las cosas van a cambiar, muchacho. Presiento que se me va a ir el dedo la próxima vez.

Los labios de Evans temblaron levemente.

Sabía que su hermano había matado a muchos hombres. A más de una docena de hombres, uno a uno y cara a cara. Si un día decía: «¡Basta!», le mataría también a él como se mata a un perro rabioso.

Por eso brillaba ahora la inseguridad en sus ojos.

Pero Johnny Evans se encargó de tranquilizarle, aunque más bien pretendía todo lo contrario.

—Es la primera vez que nos enfrentamos y va a ser la última —dijo—. Me han enviado como agente federal a este territorio para deshacer tu banda.

—Mi banda está deshecha.

—Eso es lo primero que he podido averiguar. Y no lo entiendo.

—La deshice yo mismo.

—Precisamente por eso no puedo entenderlo.

—Tomé la decisión en un momento, y enseguida la puse en práctica. Ya sabes que soy hombre de decisiones instantáneas. Reuní el dinero que tenía, lo repartí entre mis pistoleros y los largué. Desde entonces soy un solitario.

—¿Por qué?

—Porque pretendo ser un hombre honrado.

La voz cínica con que fueron pronunciadas aquellas palabras crispó los nervios de Johnny.

Pareció como si, por un instante, estuviera incluso dispuesto a disparar.

—¿Un hombre honrado? —masculló—. ¿Y lo dices junto al hombre al que acabas de asesinar?

—De esto no hagas caso.

—No, ¿eh?

—Era una vieja cuenta.

—Tú también tienes viejas cuentas —masculló—. Demasiadas cuentas y demasiado viejas. ¿Por qué este crimen?

—Ya te he dicho que…

—Lo estabas registrando. A ver, dame objeto por objeto todo lo que has sacado del cadáver.

Evans obedeció.

Fue tendiendo a su hermano, pieza por pieza, todo lo que había conseguido encontrar en los bolsillos del muerto.

Johnny lo miraba con atención.

Era un experto, un hombre que sabía dar a cada cosa la importancia que tenía o podía tener.

Pero en este caso tuvo que reconocer que todo era vulgar. No había allí nada que llamara la atención. Un reloj, un poco de dinero, unos documentos personales, tabaco…

—Cada vez entiendo menos por qué lo has matado —murmuró.

—Ya te he dicho que era un asunto personal.

—¿A qué se dedicaba ese hombre?

—No lo sé.

—¿Qué fue lo que te hizo?

—Hace tiempo me robó y me hirió. Y yo esas cosas no las he perdonado nunca.

Johnny miró desde arriba el rostro del muerto.

—No lo parece —dijo—. Más bien tiene el aspecto de un artesano.

—Los muertos no son lo mismo que los vivos. Todos los muertos tienen cara de buenas personas. Hasta yo la tendré el día que me vuelen la tapa de los sesos.

—Eso no tardará en ocurrir.

—Bien… ¿Qué vas a hacer, ahora que te has convencido de que no hay gato encerrado en esto?

—Tendrás una última oportunidad —dijo Johnny—. La tendrás porque no puedo matar, sin antes agotar todos los medios, a quien lleva la misma sangre que yo.

Evans sonrió para sus adentros.

Todo el mundo le estaba dando oportunidades. Mejor. Siempre

era la última oportunidad y siempre le avisaban que a la próxima vez le matarían. Pero él, mientras tanto, iba tirando.

—Estando tu banda deshecha, mi misión ha terminado antes de empezar —siguió Johnny—. Voy a faltar a mi deber por una sola vez y voy a olvidarme de lo que he visto, pero tendrás que salir del territorio. Tendrás que salir y no volver jamás a él.

Evans sonrió burlonamente.

En lugar de agradecer aquello, dijo, con voz áspera:

—Adivino tu jugada, hermanito.

—¿Qué jugada?

—Tú quieres quedarte con Marta. Ella vive en Colorado. Y si yo no puedo volver…

Johnny rechinó los dientes.

Se adivinaba que aquellas palabras le habían afectado, pero hizo lo imposible por dominarse.

—Marta es tuya —dijo—. Sólo te quiere a ti.

—Pero tú deseas probar a…

Johnny sufrió una crispación nerviosa.

Su derecha voló a la culata y disparó una sola vez a través de la funda.

La bala se clavó entre los dos pies de Evans. Éste, que no lo esperaba, tuvo un sobresalto y dio un brinco hacia atrás.

—Te voy a sacar a tiros del territorio —masculló Johnny—. Voy a hacerlo si es necesario, te lo juro. Y puede que mientras tanto se me vaya la mano. Puede que mientras tanto te vuele la tapa de los sesos, hermanito…

Evans comprendió que aquello iba en serio.

No podía arriesgarse a comprobar si el otro le dispararía a la cabeza o no.

Corrió hacia su caballo, montó en él de un salto y picó espuelas. Johnny le vio alejarse sin hacer un solo movimiento. Unos minutos después era tan sólo un puntito en el horizonte.

Johnny acarició el cuello de su caballo.

Una mueca amarga se dibujaba en su rostro, todavía más joven que el del pistolero que acababa de huir.

Picó espuelas, alejándose poco a poco de allí.

# CAPÍTULO III

En la localidad de Klebert, a poca distancia de Denver, la pequeña iglesia acababa de ser adornada con crespones de luto.

Numerosas personas, más o menos endomingadas, salían del funeral, que acababa de celebrarse después del entierro. Todo el mundo parecía pensativo y triste. Pero un observador atento se hubiera dado cuenta de un fenómeno curioso, mirando a los hombres.

Todos tenían los ojos furtivamente clavados en el mismo sitio.

Todos miraban de reojo a la hija del difunto, mientras ésta salía de la iglesia, después del funeral.

Los pensamientos casi se les leían en los ojos.

«¡Qué bien le sienta el luto a Marta!».

«Está mejor que nunca».

«Una chica sensacional».

«Ahora que ha quedado sola en el mundo, tal vez…»

Pero al pasar por delante de la muchacha, todos ponían expresión compungida y todos decían lo mismo:

—Lo siento.

—¡Qué terrible!

—¡Qué pena!

Pronto la iglesia fue quedando vacía.

Marta se dirigió a pie a su casa, que estaba muy cerca, y sobre cuya puerta blanca habían colgado una pequeña corona de flores con cintas negras. Abrió y miró en torno suyo.

Nunca le había parecido la casa tan vacía, tan inhóspita.

Acostumbrada a la compañía de su padre, le parecía imposible que él nunca más volviera a salir a recibirla, que no la alentara con sus palabras cariñosas, que nunca más pudiera refugiarse en él

siempre que tenía una pena y una duda.

Pensó que, si hubiese tenido dinero, se habría marchado una buena temporada de allí. Necesitaba cambiar de ambiente, no ver aquellos objetos que le recordaban la presencia del difunto.

Pero el dinero era lo que más escaseaba para ella.

Claro que podía ganarlo.

Era alta, era joven, tenía unas curvas potentes que encendían los ojos de los hombres.

Pero ese mundo no había sido hecho para ella. Buscaría trabajo o se casaría cuanto antes con el hombre a quien había amado siempre.

Anduvo unos pasos por el vestíbulo silencioso.

Absorta como estaba, no se había acordado de cerrar la puerta de la calle.

De repente oyó un chasquido. La hoja de madera acababa de cerrarse. Alguien más estaba en la habitación, porque oía el ritmo de su respiración alterada.

La muchacha se volvió bruscamente, ahogando un grito.

El hombre que estaba tras ella la tranquilizó con un suave gesto.

—No se intranquilice, Marta. ¿Qué le ocurre?

En los ojos almendrados de la muchacha se dibujó la figura de aquel hombre rechoncho, ya bordeando los cincuenta y cinco, vestido como un caballero.

—Ah, es usted…

—Sólo he venido a darle el pésame.

—Muchas gracias, señor Porter.

—Siento mucho haber llegado tarde al entierro y al funeral. Mis obligaciones, ¿sabe? No paro en todo el día. Calculé el tiempo mal, y ya ve…

—No tiene importancia, señor Porter.

—Ha… ha sido muy lamentable.

—Sí, señor Porter.

—Una enfermedad rápida, me han dicho.

—Empezó a sentirse mal del corazón hace tres días. En efecto, fue todo muy rápido.

El visitante dio vueltas en las manos al elegante sombrero que acababa de quitarse.

—Ya sabrá, Marta, que me he establecido en Denver.

—Sí, señor Porter.
—Soy el propietario del Colorado Bank.
—Me lo han dicho.
—Hice buenos negocios en otras ciudades, donde dejé sucursales y agencias. Y por fin me he establecido en Denver. Es el mejor Banco del territorio, no hay duda.
Ella apenas le miraba.
—Le felicito, señor Porter —dijo, con voz trémula—. Le felicito de verdad. Es estupendo eso de que la gente gane el dinero en grande.
—Ejem…, pues… pues precisamente de dinero quería hablarle, Marta.
—Diga lo que sea.
—Su padre tenía un crédito concedido. Vencía dentro de una semana.
Marta le miró sin comprender.
—¿Cómo lo sabe? El dinero se lo dejó el Banco Ganadero, no el de usted.
—Es que yo he comprado un paquete de papeles del Banco Ganadero. Créditos vencidos o a punto de vencer, ¿sabe? Y entre ellos estaba casualmente el suyo.
—¿Casualmente?
—Le aseguro que tuve una verdadera sorpresa al verlo.
—¿Y qué quiere, señor Porter?
—Verá… Como le acabo de decir, el crédito vence la semana próxima. Son diez mil dólares, si no recuerdo mal.
—Recuerda perfectamente.
—Los intereses tampoco han sido pagados, lo cual hace que la suma suba a… Pero, en fin, ¿para qué entrar en detalles desagradables? Los números son una cosa sórdida, y no vale la pena aburrir con ellos a una muchacha como usted.
—No me aburre, señor Porter. Prefiero saber a qué ha venido usted aquí.
—Ya lo sabe… A darle el pésame, naturalmente.
—Pero lo único que ha hecho ha sido hablarme del crédito.
—Es que los intereses son los intereses. Conviene puntualizar las cosas.
—Puntualice, señor Porter. Es lo justo.

—Bueno, ya que usted misma lo pide… ¿Cree que podrá pagar ese dinero a su vencimiento?

—Pues… no lo sé.

—Los negocios habían ido mal, ¿verdad? Su padre era un hombre algo romántico. No sabía hacer trabajar a la gente.

—Sí. Los negocios han ido mal.

—Pero puede responder con esta casa.

—Está hipotecada, señor Porter.

—Ah, vaya…

—No finja sorpresa. Usted lo sabía.

El banquero no se alteró. Por el contrario, su sonrisa se hizo más fina y odiosa.

—Por un crédito de diez mil dólares no hubiera usted venido personalmente —dijo Marta—. Es un personaje demasiado importante.

—Es que…, bueno… Prefiero arreglar esta cuestión de otro modo.

Marta se estremeció.

—¿De qué modo, señor Porter?

—Tú sabes muy bien que me gustas.

—Tengo la desgracia de gustar a mucha gente, señor Porter.

—Sí… Ya he notado que todos los hombres se fijan en ti. Pero eso de que te mire un muerto de hambre no tiene importancia. En cambio, si te miro yo, puedo variar tu destino.

Ella no contestó.

Su desdeñoso silencio fue una negativa más elocuente que todas las palabras.

Porter, con los labios apretados, hizo esfuerzos para desdeñarla, para pensar que al fin y al cabo no valía la pena. Pero cuanto más trataba de pensar eso, más se convencía de que Marta era la mejor hembra que había conocido en su vida.

Miraba su figura esbelta, donde no sobraba un gramo, y donde, sin embargo, las curvas se marcaban desafiantes y rotundas. No usaba afeites ni cosméticos, al revés de otras mujeres del Oeste. Con su belleza y su juventud tenía bastante. Y a la muy condenada, el luto le sentaba mejor incluso que la ropa de color…

Los ojos almendrados de Marta se posaron en él, pero siguió sin responderle.

—¿Qué pasa? ¿No me contestas?

—Prefiero ir a la calle, señor Porter.

Los dientes del banquero rechinaron.

—Estaría dispuesto a casarme contigo.

—No.

—Tienes novio, ¿verdad?

—Desde que era una niña he amado a un solo hombre.

—¿Quién?

—No le importa, señor.

—No hace falta que me lo digas. Me he informado… Tú siempre has querido a uno de los hermanos Evans. Y no precisamente a Johnny, el honrado, el que sirve a los federales. Tú estás enamorada de Ted, del otro. Del asesino y granuja.

—¡Cállese!

Pero Porter no se calló. Por el contrario, se dio cuenta de que la había puesto nerviosa. Y con la misma voz chirriante, continuó:

—Ese tipo es carne de horca. Vendrás a pedirme de rodillas que haga lo que quiera contigo para poder pagarle un buen abogado. Y yo esperaré ese momento. ¡Te veré humillada a mis pies, puedes estar segura! ¡Pero mientras tanto, empieza a pensar en cómo pagar las deudas que dejó tu cochino padre!

Marta se llevó las manos a la cara.

Todo su cuerpo sufrió un espasmo.

Se puso a llorar silenciosamente, sin fuerzas ni para contestar, mientras el banquero se dirigía a la puerta.

Desde allí, antes de salir, dijo, con una sonrisita odiosa:

—¡Ah! Mi pésame…

Y cerró de un portazo.

Pero una vez en la calle, se borró de sus labios aquella sonrisita triunfal con que había salido de la casa.

Se sentía humillado y ofendido, eso era innegable.

Comprendía que Marta iba a ser una fortaleza difícil de vencer, pero estaba dispuesto a dominarla, a tratarla como a una cualquiera y luego verla arrastrarse a sus pies.

Para Porter había unas cuantas cosas que no existían en el mundo, y el amor era una de ellas.

Pero sus instintos ya estaban soliviantados mientras caminaba por la calle. La visión de Marta le había sugerido mil imágenes

tentadoras.

Al pasar por delante de una puertecita que estaba junto al *saloon* de la ciudad, una voz le llamó:

—Eh, señor Porter…

El banquero se volvió.

A la bailarina que estaba allí la había conocido en Denver. Se llamaba… ¿Cómo se llamaba? Ah, sí… Susan. Susan llevaba un vestido claro muy ceñido, y le sonreía hechiceramente.

—¿Qué hace por aquí, señor Porter? —murmuró.

—¿Y tú? ¿Qué haces en esta ciudad?

—Ahora trabajo en el *saloon* de al lado. Iba a dar una vuelta, porque tengo tiempo libre.

Los ojos vidriosos de Porter recorrían las líneas de su alto y estilizado cuerpo.

Ella adivinó sus pensamientos.

—Vivo aquí —dijo, de una forma insinuante—. Si quiere tomar una copa…

—Claro… Claro que sí. Me muero de sed.

—Pues vamos. Por cierto, le noto cambiado, señor Porter.

—Debe ser que estoy algo nervioso.

—No, no es eso.

—¿Pues qué?

—Usted siempre llevaba antes algo que le distinguía. Una flor blanca en el ojal… Sí, eso es. Y ahora no la lleva. ¿Qué ha pasado?

Las facciones de Porter se volvieron grises.

La expresión viciosa que había antes en su rostro se transformó en una expresión de inquietud, casi de pánico.

—Me la he quitado —dijo—. Sí, ya no las llevo más… Odio las flores blancas.

Y se alejó rápidamente de allí. Susan le llamó.

—Eh, señor Porter…

Pero él ya se alejaba a grandes zancadas. Ya no parecía un banquero, un hombre poderoso, un triunfador, sino un miserable que huye.

# CAPÍTULO IV

Un hombre llamado Evans acababa de llegar a la ciudad.

No llevaba ninguna placa de federal, no tenía fama de hombre honrado, sino todo lo contrario. La pequeña cicatriz junto a sus labios se marcaba más fuertemente, quizá a causa del cambio de temperatura. Avanzaba sin prisa, mirando a todas partes.

Había variado el viento. Ahora soplaba del Norte.

Aunque el Canadá estaba lejos, las rachas que llegaban de allí, a través de Montana, eran gélidas. Evans se subió el cuello de su tabardo de piel, se puso un cigarro en los labios y entró en la calle principal.

El *saloon* estaba animado.

Había mucha gente en él, y se hacía gran consumo de *brandy* y de *whisky* para combatir el frío.

Evans entró confiadamente.

No había allí alguacil, ni menos *sheriff*, de modo que en la pequeña ciudad era como si no estuviese reclamado.

Los del *saloon* le miraron con curiosidad. Algunos, que le conocían, le saludaron tímidamente.

—Hola, Evans.

—¿Qué tal?

—¿Has venido por los funerales?

Evans se alteró.

—¿Qué funerales?

—Creíamos que lo sabías…

—Y que habías venido por eso.

—Cuerno, pero ¿de qué habláis?

—Ha muerto el padre de Marta.

—Ahora ella ha quedado sola.

—Es momento de que os caséis, ¿no?

—Tienes que darte prisa, porque otros la rondan.

Las facciones de Evans se habían alterado. Arrugó el ceño.

—No, no sabía que había muerto —dijo—. Yo había venido aquí solo por verla a ella.

—Pues ve ahora mismo.

—Le hará falta compañía.

Evans terminó el vaso de *whisky* doble que le habían servido sin preguntarle y salió del *saloon*.

La verdad era que la noticia de la muerte del padre de Marta no le alteraba demasiado.

Por supuesto, no le producía ningún dolor. Más bien al contrario: una cierta satisfacción.

El padre de Marta siempre había sido un obstáculo para sus relaciones. No le gustaba en absoluto la vida de Evans. No les permitía verse a solas.

Pero ahora que él estaba muerto, todo cambiaría.

Evans silbaba una cancioncilla mientras se acercaba a la casa de Marta.

Pero enseguida improvisó una expresión triste, casi desolada, al llegar a la puerta.

Llamó con los nudillos.

La propia Marta le abrió.

Lanzó una exclamación de alegría al verle, mientras caía en sus brazos.

Los dos se fundieron en un beso, en tanto Evans cerraba la puerta con la espuela.

Por fin, Marta jadeó:

—Ya has debido enterarte de…

—Sí, ya me lo han dicho.

—Creí que vendrías antes, Ted.

—No me he enterado hasta llegar a la ciudad.

—Claro… ¡Ha sido todo tan repentino! Estoy desolada, Ted. No sé qué me ocurre.

—Es natural que te encuentres así, pero ahora estoy yo. Ahora todo será distinto.

Y añadió:

—Vamos a casamos enseguida.

—Oh, Ted…

El trató de empujarla hacia el interior de la casa.

—Dentro de una semana, marido y mujer.

—Cuidado, Ted.

—¿Qué te pasa?

—No habrá nada de lo que tú piensas hasta que seamos marido y mujer.

El lanzó una carcajada.

Fingió estar alegre, pero en el fondo tenía la sensación de estar perdiendo una oportunidad única. Casi miró con odio a la esquiva muchacha, de la cual aún no había conseguido amor, en el sentido que él daba a la palabra.

—Yo no pensaba nada —dijo.

—Perdóname, Ted.

El volvió a besarla, intentando apasionarla y llevarla a su terreno, pero Marta se mantuvo distante.

Daba la sensación de que incluso pensaba en otra cosa.

—Tienes que pensarlo bien antes de casarte conmigo, Ted —dijo Marta, de repente.

—¿Por qué?

—Se avecinan tiempos difíciles.

—Tu padre dejó deudas, ¿eh?

—Algunas.

—Bah, no te preocupes por eso. Tengo grandes, planes. Dentro de diez días nadaremos en oro.

Ella vaciló. Una chispita de temor brilló en sus ojos.

—Ted, ¿qué te propones?

—Nada… Nada absolutamente. Es un buen negocio, ¿sabes? Una venta de ganado.

—¿Robado?

—No. Ya sabes que yo no robo reses.

Y para esquivar aquella conversación, sacó su reloj de acero, mirando la hora. Hizo un guiño, porque se le estaba echando el tiempo para lo que pensaba hacer.

—He de marcharme, Marta —susurró.

—¿A dónde?

—Una gestión relacionada precisamente con la venta de ese ganado. Es cosa de un par de horas.

Ella tembló, todavía pegada a sus brazos.

—Te veo inquieto. ¿Qué ocurre de verdad?

—Un asunto entre rivales, ¿sabes? Quizá haya tiros. Pero ya sabes que para mí esas cosas no significan nada.

Lanzó otra carcajada, dio media vuelta y abrió la puerta.

—Hasta pronto, muñeca —dijo—. Dentro de dos horas volveré a estar aquí.

—¡Ted!

Pero él ya había salido, cerrando a su espalda.

Cuando estaba a unos pasos, todo su mal humor desapareció. Se puso a silbar una cancioncilla.

Volvió a tomar su caballo y salió de la ciudad.

El terreno era abrupto un poco más allá, y el viento silbaba entre los roquedales. Ted Evans se encasquetó bien el sombrero, echándoselo sobre los ojos, y siguió avanzando.

A cosa de cinco millas había un pequeño edificio. Era un rancho semiabandonado donde solo debía trabajar su propietario, que debía dedicarse a la doma de caballos de raza y a criar unas cuantas reses. Todo estaba muy abandonado. Se veían unos cuantos caballejos trotando de aquí para allá y un par de sementales que estaban a punto de pelearse. La casa parecía ir a hundirse de un momento a otro. El viento silbaba en el techo y hacía temblar las ventanas.

Evans oteó el horizonte a un lado y a otro.

No iba a tener testigos.

Como había supuesto, aquél era un sitio excelente para lo que pensaba hacer.

Descabalgó y se acercó a la casa. Empujó la puerta con el pie, teniendo la derecha puesta sobre la culata.

Dentro de la casa había un hombre con un rifle.

Evans se encontró encañonado solo al atravesar el umbral.

No pudo disimular la sorpresa. Parpadeó porque no esperaba aquello. Pero enseguida reaccionó, sonriendo y acabando por lanzar una de sus clásicas carcajadas.

—Eh, Bud… —dijo.

Bud, el del rifle, se acarició la barba con una mano, mientras con la otra le seguía apuntando firmemente.

—¿A qué has venido, Evans?

—A verte, hombre, a verte…

—Ésa no es manera de entrar.

—Ni la tuya es manera de recibirme.

—Pues si tú no estás a gusto ni yo tampoco, ¿qué hacemos los dos aquí? Hala, lárgate. Y buen viaje.

Evans abrió las manos, Alejando la derecha del revólver.

—Caramba, no hay que ponerse así, hombre… ¿A qué viene tanta desconfianza?

—Usher murió.

Evans hizo un guiño, simulando sorpresa.

—¿Lo sabías ya?

—Claro…

—Pues precisamente yo había venido a decírtelo.

Bud arqueó una ceja.

—Muy amable, chico.

—Había venido a decirte que tuvieras cuidado. Las cosas están mal, ¿sabes? Alguien nos hace cosquillas.

—Muy bien. Pues para advertirme no tenías que hacer tan largo viaje.

—Siempre he sido tu amigo.

—Al menos lo has dicho. Y yo te creía, ésa es la verdad. Pero ahora ya no creo nada. Hala, lárgate.

Evans se encogió de hombros.

—Bueno, si te empeñas…

—Y gracias por tu amabilidad, Evans.

El pistolero se volvió para salir. Vio entonces que en la puerta había colgado un espejo que, sin duda, Bud utilizaba para afeitarse.

En aquel espejo se reflejaba toda la habitación.

Por él vio Evans lo que ocurría detrás suyo. Y se dio cuenta de que Bud había relajado su tensión, bajando un poco el cañón del rifle y dejando de apuntarle.

El pistolero no desaprovechó la oportunidad.

Había pensado hacer aquello sin tanto riesgo, pero ya que las cosas se presentaban así, él se amoldaría a las circunstancias.

Giró con la rapidez de una peonza, mientras llevaba la derecha a la culata.

«Sacó», mientras Bud lanzaba un grito.

No tuvo tiempo de poner nuevamente el rifle en línea de tiro. De

pronto, sintió un impacto en el pecho. Dos impactos. Tres…

Se derrumbó pesadamente a tierra.

Evans sopló en el cañón del revólver, mientras decía, con una sonrisa helada:

—Me has dado más trabajo del que pensaba, muchacho…

De pronto, se estremeció.

Acababa de oír un gemido en la habitación contigua, cuya puerta se estaba abriendo.

Una muchacha apareció en el umbral. Debía tener unos diecisiete años. Sus facciones estaban desencajadas.

Unas gotitas de sudor aparecieron de repente en las sienes de Evans.

Se dio cuenta de que la joven lo había visto todo. De que su crimen no quedaría impune, como él había calculado que sucediera.

Ya sabía que Bud tenía una hija y un hermano, el cual trabajaba en el circo y estaba siempre fuera. Pero imaginaba que la hija también. Evans no había contado con el hecho de que podía estar viviendo con su padre.

Se estremeció.

Sus músculos sufrieron una sacudida brutal, pero no vaciló.

Hizo fuego tres veces más, hasta agotar las balas que había en el cilindro de su revólver.

La muchacha, alcanzada mortalmente, lanzó un gemido y cayó pesadamente a tierra.

Evans torció la boca.

Miró el revólver con odio, como si el responsable del doble crimen fuera la máquina y no la mano que la había dirigido. Puso nuevas balas con movimientos mecánicos y luego se secó las gotas de sudor, que ya recorrían todo su rostro.

—Lástima —dijo, mirando a la chica—. Lástima…

Pero salió de allí sin preocuparse más.

Unos momentos después, mientras montaba en su caballo, ya volvía a silbar una cancioncilla.

# CAPÍTULO V

Los cuatro hombres remontaron la colina y vieron desde allí el rancho aislado, el edificio destartalado, en torno al cual trotaban unos caballejos y donde ya habían empezado a pelearse los dos sementales.

Se detuvieron.

Eran cuatro hombres de facciones gruesas y burdas, que parecían a medio hacer.

Unas groseras barbas cubrían los rostros en parte. Aquel aspecto y el modo de llevar las fundas, además del hecho de haber limado los puntos de mira de sus revólveres, indicaba bien a las claras cuál era la profesión de aquellos tipos.

Uno de ellos señaló el edificio.

—Se derrumba, ¿eh?

—Ujú. Cualquier noche, el viento se lo carga.

—Pues el dueño no debe estar, porque los sementales se pelean y él ni se entera.

—¿Entramos? Quizá haya dentro alguna botella.

Uno de los cuatro, el que parecía dirigir el grupo, hizo un gesto de hastío.

—Siempre pensáis en lo mismo. Botellas y chicas.

—¡Claro!… Je, je… ¡Porque las dos cosas tienen curvas!

—También son curvas muchas lápidas de los cementerios —dijo el que había hablado primero.

Los otros torcieron el gesto.

Si algo no les gustaba era las conversaciones sobre cementerios; de modo que gruñeron con hostilidad.

—Ya se te podía haber ocurrido otra cosa, ¿eh?

—Siempre nos quitas el buen humor.

—Porque ahora no estamos para juergas. El señor Porter nos estará esperando, y ya llegamos con retraso. Si se enfada es capaz de despedirnos a todos.

Los jinetes comprendieron sin más palabras. Y a ninguno le interesaba quedarse sin aquel trabajo tan bien pagado; de modo que picaron espuelas, pasando de largo frente al rancho, sin imaginar que en éste había dos cadáveres.

Muy poco después estaban en la ciudad.

No tuvieron que pensar demasiado para saber dónde se alojaba Porter. Había allí dos hoteles, uno lujoso y otro lleno de mugre. Descabalgaron ante el lujoso.

El dueño salió a recibirles.

—¿Son los empleados del señor Porter?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Ha estado preguntando por ustedes. Ha dicho que en cuanto llegaran subiesen a verle. Ha ocupado tres habitaciones en el primer piso.

—Ah, bien…

Los cuatro pistoleros subieron. No les gustaba el cariz que tomaba la cosa. Si Porter había preguntado por ellos, era porque ya se sentía furioso.

Llamaron con los nudillos a la puerta.

—Adelante.

En efecto, Porter estaba furioso. Sus ojos brillaban sanguinolentos en la penumbra de la habitación.

—¿Dónde infiernos os habéis metido?

—Nos hemos extraviado, jefe.

—No conocemos bien la comarca.

—¡Yo os pago para que me sigáis vaya a donde vaya! ¡Y para que no me perdáis nunca de vista, por si ocurre algo!

—Cla… claro, jefe.

—De verdad lo sentimos mucho.

—No os despido porque os necesito ahora para un trabajo. Pero la próxima vez no lo pensaré.

—No habrá próxima vez, jefe.

—¿Qué trabajo es ése?

Los ojos de Porter brillaron.

—Vais a dar una paliza a vina mujer.

—¿Joven?

—Y bonita.

—Cuerno, eso es lo que se dice un buen trabajo.

Los forajidos se habían ido animando. Hasta se permitieron sonreír.

—Una paliza humillante —dijo Porter, rechinando los dientes—. Más que de hacerle daño, se trata de desgarrarle las ropas, de ofenderla en lo que una mujer considera su dignidad. Quiero que hagáis un trabajo duro y rápido.

—Tratándose de mujeres, ya sabe que somos unos verdaderos buitres —dijo uno de los guardaespaldas.

—Pues a trabajar. La chica se llama Marta y vive sola. Reconoceréis la casa porque tiene una coronita de flores con crespones negros en la puerta. Es unos cuantos edificios más abajo. Ella viste de luto.

Los cuatro hombres se frotaron las manos a la vez.

Y salieron.

En efecto, no resultaba difícil dar con la puerta. La corona de flores la hacía inconfundible.

Los cuatro hombres se situaron en grupo. Uno de ellos llamó.

La propia Marta fue a abrir.

De pronto se sintió arrollada. Los cuatro hombres entraron casi a la vez, arrollándola, y el último cerró la puerta a su espalda.

Marta los miró desconcertada.

En sus ojos almendrados brillaba el miedo.

—¿Qué pasa? —gimió—. ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué están aquí?

—No tengas miedo, nena.

—Sólo queremos ver tu ropa.

—La de dentro, claro.

—Pero sin hacerte pupa.

—Tu novio ni se va a enterar.

Marta temió lo peor. Lanzando un gemido, trató de retroceder hasta el interior de la casa.

Uno de los hombres tendió el pie, haciéndole una clarísima zancadilla.

La chica cayó a tierra, gimiendo.

Los cuatro hombres tragaron saliva a la vez, mientras sus ojos se

nublaban. Marta era más hermosa de lo que habían supuesto. Al menos, lo poco que había a la vista resultaba de primera calidad.

De pronto, una especie de fiebre les acometió.

Se convirtieron en cuatro fieras salvajes.

Llegaron a olvidarse de las instrucciones de Porter. Y hubieran llevado la cosa muy lejos —demasiado e irremediablemente lejos— de no abrirse la puerta en aquel momento.

La corriente de aire les hizo girar la cabeza.

Los cuatro lanzaron un gruñido al ver la alta y formidable figura que se recortaba en el umbral.

Marta la vio también.

Apenas pudo balbucir:

—¡Johnny!

Johnny Evans cerró lentamente la puerta a su espalda.

Los cuatro hombres se habían ido poniendo en pie, uno tras otro, olvidándose de la chica. Y los cuatro llevaban sus revólveres, de modo que no tuvieron miedo ni por un momento.

¿Quién era aquel imbécil que les aguaba la fiesta?

¿No se daba cuenta de que iba a terminar entre cuatro tablas y saliendo de allí con los pies por delante?

Johnny Evans parecía muy tranquilo.

Con las manos quietas, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, daba la sensación de que aquello no tenía para él ninguna importancia.

—Veo que celebrabais una fiestecita —dijo.

—Y estábamos en lo mejor.

—¿Quién eres tú? ¿El novio de esta muñeca?

—No soy absolutamente nada suyo —dijo Johnny.

—Pues entonces lárgate.

—Es el único medio que tienes para conservar entera la piel, idiota.

Johnny Evans permaneció quieto.

—No me iré —susurró.

—¿Estás loco?

—¿Pretendes desafiarnos a los cuatro?

—Estáis desafiados —dijo Johnny.

Los pistoleros no podían creerlo.

Nunca se habían encontrado ante un suicida así.

—Bueno, tú lo has querido…

—Descansa en paz.

—Amén.

Y los cuatro hombres se movieron del mismo modo, dispuestos a sacar sus revólveres. Pero no contaban con la diabólica maestría de Johnny Evans para disparar sin sacar el revólver de la funda.

Estaban todos apelotonados, de modo que apenas tuvo que girar la muñeca.

Y como Marta seguía en el suelo, eso facilitó las cosas. No tuvo que preocuparse de no herirla.

Los cuatro pistoleros cayeron con la misma expresión de aturdimiento en los ojos. No lo comprendían. Uno de ellos se llevó las manos a la cara cuando la bala le atravesó la mandíbula.

Los otros tres no pudieron hacer ni eso. Sólo uno de ellos llegó a disparar, y la bala se clavó entre los pies de Johnny Evans. Cayeron con gestos espasmódicos, tiñendo con su sangre el pavimento.

Marta estaba aterrorizada.

Se había llevado ambas manos a la boca, incapaz de chillar, incapaz de pronunciar una sola sílaba.

Johnny guardó del todo el revólver, que apenas había llegado a sacar de la funda.

—Descansen en paz —fue todo lo que dijo.

Y evitó mirar a la muchacha, que aparecía en tentadora ropa interior. Por unos momentos, la situación fue muy embarazosa, porque ninguno de los dos sabía qué hacer. Al fin llamaron enérgicamente a la puerta.

Johnny hizo una seña a Marta, indicándola que desapareciera.

El mismo abrió poco después. Dos hombres sudorosos aparecieron en el umbral.

—¿Qué pasa?

—Hemos oído disparos. ¿Le ha ocurrido algo a Marta?

—No. Ella está bien. Pero esos cuatro individuos querían estropearla un poco.

Y señaló a los cuatro muertos.

—Ahora los que están estropeados son ellos —añadió.

Los que acababan de llegar estaban petrificados. Miraban los cuatro cadáveres sin terminarlo de creer.

—Oiga, los…, ¿los ha matado usted?

—Sí. Y lo he hecho por riguroso orden alfabético —dijo Johnny.

—¿Cómo… ha podido conseguirlo?

—Hoy estaba en forma. ¿Quieren hacerme un favor, amigos?

—Pues… pues claro…

—Cualquiera le dice que no a un tipo de… de esta clase.

—Llévense a los cuatro muertos. No está bien que Marta tenga que verlos cuando salga.

—De acuerdo.

—Échenos una mano.

Los cuatro cadáveres fueron sacados fuera como fardos y lanzados a un lado del porche. Aunque la ciudad no tenía alguacil, tenía, en cambio, un excelente servicio de recogida de «desperdicios» de aquella clase. Los muertos no estarían demasiado tiempo a la intemperie; pronto pasaría una carreta para llevárselos al cementerio.

Johnny les dio las gracias.

—¿Han visto a mi hermano por aquí? —preguntó, antes de volver hacia la casa.

—Sí. Ha estado hace un rato.

—Pero luego ha desaparecido.

—Muy bien. Y les repito que estoy agradecido por su ayuda.

Entró en la casa y cerró.

Por unos momentos no supo qué hacer.

Hubiera querido largarse, pero también era cierto que le dolía dejar sola a Marta en aquellas circunstancias.

Al fin abrió un armario que había en el vestíbulo y extrajo una bata. Conocía bien la casa por haber estado otras veces allí.

Con aquella bata llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de Marta.

La muchacha parecía aturdida. Aún no se había puesto nada. Daba la sensación de estar petrificada por el miedo y el asombro.

Johnny tuvo que parpadear.

Nunca había visto una muchacha tan bonita, tan tentadora, tan…, tan inquietante.

—Toma —dijo—. Ponte esta bata.

—Gra… gracias.

Dio media vuelta para no verla mientras ella se abrochaba. Luego la figura de Marta pasó junto a él y se situó delante suyo.

—¿Te sientes bien? —preguntó Johnny.

—De no haber sido por ti yo creo que…, que…

—No lo menciones, muchacha.

Fue hacia un armario, que también conocía, y extrajo una botella de *brandy*. Sirvió una generosa ración en un vaso y lo tendió a la temblorosa muñeca que tenía ante él.

—Te conviene un trago —dijo.

Ella bebió. De pronto se puso a toser. Johnny, sólo al mirarla, se dio cuenta de lo asustada y lo desmoralizada que estaba.

—No son buenos tiempos, ¿verdad? —dijo con voz queda.

—No, no lo son.

—Hace poco me he enterado de lo de tu padre.

—¿Por eso has venido?

—En parte por eso y en parte porque sigo a mi hermano a todas partes.

—¿Está metido en un lío? —preguntó ella, temblando.

Johnny mintió, negando suavemente con un movimiento de cabeza.

—No. Por ahora no…

—Johnny, yo…, tengo miedo.

—¿El ha estado aquí?

—Sí.

—Supongo que se mostraría optimista, como siempre.

—Demasiado optimista. Me ha dicho que dentro de unos días nadaría en oro.

Johnny arqueó una ceja.

—Es una tontería —dijo, queriendo convencerse a sí mismo—. Sí, una tontería… En primer lugar creo que Ted ya no quiere meterse en más líos. Está cambiando, ¿sabes? En segundo lugar, no hay en perspectiva ningún buen «negocio» por aquí. Las diligencias van muy vigiladas, las manadas no viajan en esta época del año y, en cuanto a los Bancos, no tienen ahora precisamente mucho dinero en efectivo. Una excepción es el Colorado Bank, pero sólo pensar en sacar algo de ahí resulta ridículo. Tiene la caja fuerte más perfecta que se ha visto en Estados Unidos.

Marta estuvo a punto de decirle que precisamente el dueño del Colorado Bank había estado a verla poco antes, pero al fin se lo calló. Por otra parte, Johnny también varió aquella conversación

que para él resultaba molesta.

—Los tiempos han cambiado —dijo—. ¿Recuerdas cuando vivíamos todos en Idaho? Aquélla era una buena tierra. Mis padres y los tuyos iban para ricos.

Marta sonrió tristemente.

—Sí, los tiempos han cambiado…

—Mis padres murieron durante aquel ataque de los forajidos —prosiguió Johnny pensativamente—. Fue entonces cuando decidí hacerme federal, para perseguir a esa gentuza hasta el último lugar del mundo. En cuanto a tu padre… —rió, queriendo mostrarse optimista—. A tu padre le calentaron la cabeza, ¿eh? Alguien le convenció de que criando vacas nunca llegaría a rico. Lo mejor era comprar manadas en Tejas, donde la carne era barata, y venderlas en Illinois, donde había multiplicado su precio por diez. Claro que entre esos dos Estados se encontraba el viaje, se encontraban las estampidas, las enfermedades, los cuatreros, los motines del personal… Pero lo malo fue que a tu padre los dos primeros viajes le fueron bien y dobló su capital. A partir de entonces ya quedó envenenado para siempre.

—Decía que el trabajo rutinario era para los tontos —reafirmó la muchacha—. Que para ser rico había que arriesgarse y hacer las cosas a lo grande. Desde aquella época siempre soñó con un gran negocio que le convirtiera en millonario de pronto. Pero lo que hacía era entramparse más y más… En fin, no puedo negarte que tengo bastantes deudas.

—¿Puedo ayudarte?

—Es demasiado. Diez mil dólares.

—No los tengo —dijo Johnny, con expresión desolada.

—Ni yo los aceptaría. Demasiado has hecho por mí.

—No he hecho nada. Ni siquiera he logrado arrancarte una sonrisa más, porque soy un tipo más bien triste. En cambio mi hermano…

—El es distinto, cierto.

—Siempre optimista… Ya de pequeños erais inseparables.

—Sí —musitó Marta.

Los ojos de Johnny se entrecerraron.

En su voz latió un recóndito dolor cuando musitó:

—¿Habéis hablado de casaros?

—Pues… sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé… Dios santo, con tu hermano nunca se puede concretar nada. Y yo no quiero que piense que deseo privarle de su libertad.

—Marta…

Los dedos del hombre se entrecruzaban nerviosamente. Ella alzó la cabeza.

—¿Qué, Johnny?

—Nada… Sólo quería decirte que… Bueno, que seáis muy felices.

Y se dirigió hacia la puerta. Tenía ya la mano puesta sobre el pomo cuando la voz de la muchacha llegó hasta él.

—Johnny…

El federal se volvió.

Vio lágrimas en los ojos de Marta. Lágrimas de miedo, casi de desesperación.

—Johnny, yo sé que me equivoco —susurró ella—. Que voy a cometer el peor error de mi vida.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—¿Por qué? ¿Crees que lo sé? Lo pienso muchas noches y me propongo dejarle, olvidarle para siempre. Y, sin embargo, no puedo. Toda la vida he amado a Ted. Cuando, siendo niños, jugábamos juntos, ya me parecía imposible no casarme con él. Creo que si no lo hiciera… sería una traición a todo lo que soñé. Como si mi vida anterior fuera un espejo limpio y yo lo rompiera en pedazos.

Johnny estuvo a punto de decir que Ted había roto muchos espejos limpios y había traicionado muchas cosas a lo largo de su vida. Pero se calló. Mientras abría la puerta se limitó a decir con una sonrisa triste:

—Serás muy feliz, muchacha; ya lo verás.

Y salió.

El viento racheado seguía llegando del norte. La calle estaba casi desierta. Tuvo que subirse las solapas de su chaqueta.

Entonces vio a dos hombres que llegaban corriendo hacia él.

—Eh… ¿Usted es el federal Evans?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Venimos de un rancho cercano. Hemos visto algo espantoso.

—¿De qué estáis hablando?

—Si nos acompaña lo verá. Aquí no hay alguacil; por eso hemos de recurrir a usted.

Parecían nerviosos y cansados; hasta les costaba respirar.

—De acuerdo, os acompañaré —dijo Johnny.

Algunos otros hombres, movidos por la curiosidad, se habían acercado también. Al saber que se trataba de unos crímenes, todos montaron a caballo para acompañar a Johnny.

Por el camino, los dos que habían descubierto lo sucedido le fueron contando algo de lo que vieron en el rancho. Así el federal, cuando llegó, ya se había formado una idea de los hechos.

Pero todo quedó pálido ante la siniestra realidad.

Johnny Evans pensó que jamás olvidaría el cuerpo de la pobre muchacha caído en el umbral, con una expresión de asombro todavía petrificada en su rostro, como si ni en el momento de morir hubiera creído que a ella pudiera sucederle eso.

Los que estaban con él rechinaron los dientes.

—Es horrible…

—Malditos asesinos cobardes… Los que hayan hecho esto merecen cien veces la horca.

—Hay que dar con ellos o…

Uno de los hombres estaba nervioso. Se puso un cigarro entre los labios.

Y fue entonces cuando aquella bala de rifle llegó aullando desde la lejanía. Cuando la bala cortó el cigarro de raíz, sin que sufrieran el menor rasguño los labios del hombre.

# CAPÍTULO VI

Todos se volvieron asombrados.

Todos comprendieron —pues eran hombres experimentados— que acababan de ser testigos de un disparo sensacional, pues la bala había llegado desde muy lejos, y en esas condiciones era casi imposible hacer un blanco como aquél.

Vieron al jinete.

Éste avanzaba al trote corto, llevando el rifle en las manos. Apuntaba a todos los que estaban en la puerta, formando un confuso montón.

No había duda de que pudieron haberlo matado, pues avanzaba a pecho descubierto, pero con la puntería de que había dado muestras era capaz de liquidar a dos o tres antes de irse él mismo al Valle de Josafat. Por eso todos se estuvieron quietos. Por eso y porque Johnny murmuró:

—Tranquilos. El no ha tirado a matar.

Mientras se acercaba, lo vieron mejor. No era ya un hombre joven, pero se mantenía ágil y tenía una expresión decidida. Observaron también que vestía levita y pantalón de corte, como un hombre de la ciudad.

A cosa de cinco yardas se detuvo, moviendo el rifle en abanico.

—¿Quiénes son ustedes? —masculló.

Johnny retrucó con otra pregunta.

—¿Y usted? ¿Por qué ha disparado?

—Fue solo una advertencia. Pensé que podían ser forajidos. No me gustó, así desde lejos, ver tanta gente en la puerta del rancho.

—¿Qué tiene usted que ver con la gente de aquí?

—Soy hermano del dueño.

Johnny Evans le mostró su placa de federal. Lo hizo con una

sonrisa triste, desalentada.

—Espero que sea usted un verdadero hombre, amigo —susurró.

El otro palideció.

—¿Por qué?

—Entre.

El recién llegado descabalgó y entró en el ruinoso edificio. Inmediatamente, sus ojos se nublaron y lanzó un grito. Tuvo que apoyarse en uno de los testigos para no caer.

Poco a poco se fue recuperando.

Pero Johnny Evans no recordaba haber visto jamás una expresión semejante, una terrible máscara de odio.

Sus dientes rechinaron mientras pronunciaba una sola palabra:

—¿Quién…?

Johnny señaló el exterior.

—Más vale que lo olvide. Creo que sus familiares ya han sido vengados, amigo.

—¿Por qué dice eso?

—Ahí fuera hay huellas de cuatro caballos. Cuatro forajidos pasaron por aquí hace poco. Y da la casualidad de que yo los he matado amablemente hace menos tiempo aún.

—¿Está seguro?…

—No hay nada seguro en este mundo, pero existe una gran probabilidad de que fueran ellos.

El recién llegado salió.

Sus ojos escrutaron todos los rincones, todas las huellas que había en torno a la casa.

—Veo una gran confusión —dijo—. Es posible que no sólo esos cuatro caballos se acercaran a la casa.

—Sí. Es muy posible —susurró Johnny.

—Pudo haber alguien más.

—Cierto.

—¿No sabe quién?

—No puedo ni imaginarlo.

El recién llegado volvió a rechinar los dientes.

—Yo lo averiguaré —dijo.

—Es posible que pueda ayudarle —murmuró Johnny—. ¿A qué se dedicaba su hermano?

—Ya lo ve: era un ranchero pobre.

—Quizá hacía algo más. No debía llevar demasiado tiempo en este rancho, por lo destartalado que se ve. ¿Qué había hecho antes?

—Tenía un oficio muy poco normal.

—¿Cuál era?

—Mi hermano resultaba un verdadero experto en cajas de caudales.

—¿Para abrirlas?

—No, no era un ladrón, sino todo lo contrario. El las construía. Desde luego, no podía hacerlas él solo, porque una caja de caudales es obra de un equipo.

Pero él tenía un sistema único para ajustar las barras de seguridad. No cedían nunca.

Johnny Evans quedó suspenso durante largos minutos. Mientras el viento frío le azotaba el rostro, pensó en lo extraño que era todo aquello. No veía la razón para aquellas muertes, a menos que se tratara de lo que había supuesto al principio: una banda de desalmados cuyo único placer consistía en matar y destruir allí por donde pasaban.

El recién llegado se acercó a él, andando pausadamente.

Masculló:

—No le he dicho mi nombre. Me llamo Gregory.

—Muy bien, Gregory. Celebro conocerle, aunque las circunstancias sean tan macabras.

—Yo no celebro nada. Y oiga bien lo que le digo, federal. Si usted ha matado a cuatro hombres y ellos eran los culpables, están bien muertos. Pero si hay algún otro hijo de perra que ha hecho esto, yo le liquidaré a mi modo. ¿Sabe a qué me dedico?

—No, pero he visto que es un tirador de primera.

—Soy un tirador excepcional, al menos con el rifle. Tanto es así que hago exhibiciones en un circo. Parto en tres pedazos cigarrillos que la gente lanza al aire. Agujereo una moneda por la mitad, sin tocar los bordes. Y hasta he llegado a partir una cuerda que oscilaba, situada a cien yardas. Con eso quiero decirle que en cuanto tenga a mi hombre delante del cañón, no habrá quien le salve.

—Me parece muy lógico.

—Pero no es eso solo. Lo «arreglaré» a mi gusto. Primero le tiraré a los tobillos, impidiéndole andar. Luego, a las rodillas. Iré

subiendo hasta llegar a la cintura, y al fin le clavaré una bala en el estómago. Entonces esperaré. Usted no sabe lo que son las balas en el estómago. Cuando crea que ya ha sufrido bastante, le volaré la cabeza.

Johnny Evans se estremeció.

Sabía muy bien que aquel hombre no hablaba en broma. E imaginó al culpable, si es que no había muerto aún, cuando cayera en las manos vengativas de Gregory.

—Dar con el asesino o los asesinos será la misión de mi vida a partir de ahora —dijo el hombre, sombríamente—. Sacaré mis propias conclusiones, federal. Le aseguro que, en cuanto a huellas de caballos, entiendo más que cualquiera de ustedes.

—¿Por qué?

—¿Ha visto alguna vez la arena de un circo, federal?

—Sí… En un par de ocasiones, tal vez.

—Siempre hay número de exhibición con caballos… Y los cascos de éstos quedan marcados en la arena. Durante años he estado viendo lo mismo todos los días. Soy capaz de decir cuándo un caballo está cansado, cuándo cojea un poco, cuándo está alegre y cuándo hambriento con sólo ver sus huellas. De modo que es muy posible que de aquí deduzca algo que ustedes no podrán ver. Y trabajaré a mi modo.

—Me parece muy razonable —susurró Johnny Evans—. Y le deseo suerte de verdad, amigo.

En aquel momento estaba lejos de imaginar que el culpable era su propio hermano Ted.

No, eso no lo imaginaría nunca.

# CAPÍTULO VII

La ciudad de Leadville está al oeste de Denver, la capital de Colorado, y bastante cerca del monte Elbert. Es hoy una ciudad próspera, y en la época de este relato también lo era. Aunque, naturalmente, entonces esa «prosperidad» resultaba muy distinta.

Lugar de paso para las gentes que iban más al oeste, Leadville era una especie de dormitorio, tugurio y arsenal, todo en una pieza. El *sheriff* de aquella ciudad tenía más trabajo que el de Denver, por la sencilla razón de que en Denver la gente estaba más aposentada y era más conocida. En cambio, aquí todos los días se veían caras nuevas, la mayor parte de ellas patibularias.

Por eso, al *sheriff* no le extrañó nada cuando uno de sus ayudantes llegó para advertirle:

—¿Sabe quién acaba de llegar?

—Si no me lo dices no lo sabré.

—Pues nada menos que Ted Evans.

—¿El reclamado?

—Ujú.

—De modo que Ted Evans… ¿Y en qué plan viene?

—Yo diría que en plan de buen chico. Ha estado en el *saloon* de Oscar bebiendo unas copas y no se ha metido con nadie. Al contrario, me ha pedido perdón al pasar, porque me ha rozado.

El *sheriff* arrugó el ceño.

—Las cortesías de ese hombre dan más miedo que sus disparos. Algo trae entre ceja y ceja.

—¿Lo detenemos?

—Espera. Es más peligroso de lo que tú crees.

—Es que me gustaría ganarme cinco de los grandes.

—A mí también. Pero también puedes ganarte cinco palmos de

tierra encima, si te descuidas. Más vale que lo observes. Si no infringe la ley en Deadville, prefiero olvidarme de que ha venido.

El ayudante asintió de mala gana.

—Bien. Usted manda.

Y salió mientras pensaba:

«El miedo que tienen esos tíos… En cuanto les cuelgan una estrella del chaleco, ya no sirven para nada…»

Y avanzó por las animadas calles, tratando de ver de nuevo a Evans.

Pero ya no le distinguió.

El pistolero ya no estaba en ningún *saloon*, en ningún tugurio. Parecía habérselo tragado la tierra.

El ayudante del *sheriff* ignoraba que Ted Evans se encontraba muy cerca de él.

Casi a su espalda, en el mejor hotel de la ciudad.

Ted Evans había entrado, haciendo sonar la campanilla en las mismas narices del empleado, que dormitaba sobre el *comptoir*.

—Eh, amigo…

El empleado dio un brinco.

—¿Qué… qué quiere?

—Necesito ver a Foster.

—El señor Foster no está ahora.

—Cuernos. Sé que se aloja aquí.

—Sí, pero…

Evans señaló el pasquín que estaba situado muy cerca de la puerta, y en el que aparecía su rostro con una perfección increíble, como si fuera un espejo.

—¿Es que no me ha reconocido? —masculló.

El empleado quedó lívido. No, no le había reconocido hasta entonces. Y al saber quién era, su mandíbula se puso a temblar.

—Dios santo… —musitó.

—Dígame dónde está Foster.

—Habitación doce. Pero ha dicho que no le molestaran.

—No se preocupe, no le molestaré.

Y avanzó hacia la escalera. Apenas había puesto el pie en el primer peldaño, se volvió.

—Y una advertencia, compadre. No llame al *sheriff* porque se arrepentirá si lo hace. A él le agujerearé la estrella, pero a usted se

la haré tragar.

—No… no tema, señor.

—Es usted el que ha de temer, amigo.

Y subió.

La habitación doce estaba en el primer piso. Ted Evans empujó la puerta sin llamar.

Había pensado que quizá Foster se hallaba con alguna chica, pero tuvo una sorpresa. No, no era una chica quien se encontraba allí, sino tres tíos, además del que buscaba.

Se trataba de una timba.

A juzgar por sus caras, debían estar jugando desde la noche anterior. El ambiente, cargado de humo de tabaco, era irrespirable. Los hombres movían las manos pesadamente, sin fuerza ya ni para levantar las cartas.

Foster era el que estaba enfrente de la puerta.

Tendría unos cuarenta años, y sus facciones, a la luz un poco irreal de la lámpara, parecían de color gris.

No alzó la mirada, pese a haber oído el ruido.

—Camarero —dijo, otra botella de *whisky*—. Estamos secos desde el amanecer, maldita sea.

Evans susurró:

—Claro que sí, amigo.

Su voz metálica hizo que Foster se sobresaltara. Alzó la cabeza de pronto.

—¡Evans! —masculló.

Ted había sacado el revólver. Una sonrisa torcida flotaba en sus labios.

Su figura apenas era visible en la penumbra de la habitación cerrada. Sólo el brillo metálico del revólver se apreciaba claramente.

—¿Qué… qué quieres, Evans?

—¿No lo adivinas?

—Yo… yo no te he hecho nada…

Ted hizo más ancha y torcida su sonrisa.

—No, muchacho. Nada.

Y disparó.

La bala hizo caer de su silla a Foster, que pegó un terrible brinco. Los tres compañeros que estaban sentados en torno a la

mesa sacaron sus armas.

Pero fueron demasiado lentos. No en vano llevaban la noche entera jugando, se morían de sueño y los reflejos ya no les respondían. Cuando sus «Colt» aparecieron a la luz, Evans ya había disparado tres veces más.

Todos cayeron, alcanzados mortalmente.

Sus figuras se contorsionaron. Sus cuerpos derribaron la mesa al caer a tierra.

Ted Evans sopló en el cañón del revólver.

Había sido un trabajo rápido y limpio. Sobre todo, rápido. No llevaba ni cinco minutos en el hotel y ya había liquidado el asunto.

Ahora sólo necesitaba huir.

Descendió las escaleras velozmente, llevando la mano sobre la culata. Vio, abajo, al empleado, que acababa de oír los disparos y le miraba con las facciones desencajadas. Pero la puerta estaba libre.

Salió.

—Quieto —dijo, al pasar por delante del empleado—. Si mueve un solo dedo, le abraso.

—Bi… bien, señor.

Fue a dirigirse hacia su caballo, que estaba cerca, tratando de adoptar una expresión natural. Pero cuando ya casi ponía las manos sobre la silla, para subir, oyó aquella voz:

—Quieto, Evans.

No se volvió. Por el contrario, puso un pie en el estribo, alzándose, como si fuera a montar. Pero lo hizo sin prisa, para que el otro no pensara que trataba de huir.

Sus manos estaban bien a la vista.

Al volver la cabeza, siempre con el cuerpo apoyado en un estribo, vio al ayudante del *sheriff*.

Evans sonrió.

—Hola, muchacho. ¿Qué pasa?

El otro movió el revólver con el que le estaba apuntando.

—Abajo, Evans.

—Pero ¿por qué?

—He oído disparos en el hotel del que acabas de salir. Y no pongas cara de inocente porque se me hinchan las narices.

—¿Disparos? ¿Y a mí qué me cuentas?

—Baja de ahí y entrégate. Lo que sea se lo contarás al *sheriff*.

—¿Serías capaz de…?

—Sí. Soy capaz de disparar.

Ted Evans comprendió que era cierto. El otro estaba nervioso y apretaría el gatillo.

Por eso puso en marcha su plan. No estaba a medio subir a la silla por casualidad. Lo único que tuvo que hacer fue dejarse caer por el otro lado.

Actuó con tanta rapidez que el ayudante del *sheriff* quedó desconcertado. No esperaba aquello. Disparó, pero la bala se empotró inútilmente en el recio cuero de la silla, cuando ya Ted Evans estaba entre las patas de su caballo.

El pistolero hizo fuego desde allí.

Nunca fallaba, y menos contra un enemigo inexperto como aquél. El ayudante del *sheriff* se llevó las manos al pecho, alcanzado mortalmente.

Ted Evans no perdió tiempo.

Ahora la tierra ya quemaba para él. Le iban a perseguir como a un lobo rabioso, de modo que saltó sobre la silla y picó espuelas salvajemente. Su caballo relinchó y salió a galope.

Nadie se atrevió a seguirle.

Los que estaban cerca habían comprobado la eficacia de su revólver, de modo que se mantuvieron quietos.

El *sheriff* llegó instantes después.

Sus facciones estaban lívidas.

—Era mi único ayudante… —mascculló, mirando el cadáver—. Mi único ayudante… ¡Necesito voluntarios, infiernos! ¡Necesito voluntarios para perseguir a ese perro!

Pero nadie se movió.

Era demasiado el respeto que infundía el revólver de Evans.

—Miserables… —masculló el *sheriff*—. Cerdos cobardes… Mereceríais que os hubiera matado a vosotros.

Al fin, un par de hombres se adelantaron, avergonzados.

—Bueno, basta de insultos, *sheriff*. Le acompañaremos a donde sea, siempre que luego nos pague una botella de licor.

—Con cinco de los grandes habrá para comprar una bodega entera —gruñó el representante de la ley.

Y los tres hombres montaron en sus corceles. Pero el *sheriff* sabía que iba a ser muy difícil capturar a Ted Evans, después de haberle

perdido de vista. Porque Ted Evans, el solitario, era más astuto que un zorro cuando lleva sobre las espaldas una semana de hambre.

Lejos de allí, el hermano de Ted, el federal Johnny Evans, había ido a hacer una visita.

Sus facciones eran inexpresivas cuando entró en el hotel. Sus ojos escrutaron las lujosas alfombras, los elegantes sillones de cuero rojo. Miró al dueño y susurró:

—¿El señor Porter?

—Está en sus habitaciones. Pero ha pedido que no le molestaran.

Johnny se encogió de hombros.

—Peor para él —dijo.

Y subió.

Al empujar la puerta de la habitación principal de las que ocupaba Porter, comprendió muy bien por qué éste había pedido que no le molestaran. No estaba solo.

La rubia que se encontraba con él —una bailarina cuyo retrato se exhibía profusamente en el *saloon*— lanzó un gritito.

Porter apretó los labios con un gesto de rabia.

—¿Qué hace aquí? ¿Quién es usted?

Johnny mostró su placa.

—A callarse, amigo.

—¿Qué quiere?

—Me he enterado de varias cosas.

—¿Cuáles?

Johnny se sentó en una de las butacas y cabalgó su pierna en el respaldo.

—Por ejemplo, ya debe saber que maté a cuatro hombres.

—Me… me lo han dicho.

—He observado los cadáveres antes de sepultarlos. Y he recordado, así, por encima, que esos matones eran sus guardaespaldas.

—Tal vez lo fueran. ¿Y qué?

—Nada… Usted tiene perfecto derecho a comprar revólveres que le protejan. Es un fulano importante.

—Sí que lo soy. ¿Qué pasa?

—Esos buitres trataron de pegar una paliza a Marta. Recordando bien cómo sucedieron las cosas, no creo que quisieran ultrajarla. Sólo humillarla, tal vez por encargo de alguien. ¿Adivina de quién?

Porter se puso lívido.

Mientras temblaba su mandíbula, protestó:

—No tiene derecho a hacerme esa acusación.

—¿Por qué?

—Todo el mundo sabe que yo quiero a Marta. Trato de casarme con ella.

Johnny barruntaba algo de eso, pero le molestó oír la verdad de labios de aquel tipo, a quien además había sorprendido en compañía de otra mujer. Sólo el pensar que Marta podía pertenecerle le ponía enfermo. Pero decidió aguantarse porque aquél no era asunto suyo.

—Quizá ella le haya rechazado y usted quiera castigarla —murmuró.

—Ésa es una suposición que nadie puede probar.

—Cierto. Y tiene usted suerte de que sus hombres hayan muerto. Ellos no le acusarán.

—Tampoco puede probar nadie el que yo les ordenara esa salvajada.

—Sigue teniendo razón, señor Porter.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—No sólo quería hablarle de eso. También pensaba que debíamos charlar de otra cosa.

—¿De qué? Y no me haga perder tiempo. Ya se habrá dado cuenta de que tengo prisa.

Johnny miró significativamente a la rubia.

—Claro que me doy cuenta, señor Porter.

—Pues diga lo que quiere.

—Hace poco ha muerto un hombre muy cerca de aquí.

—¿Y a mí qué me cuenta? ¡Muere tanta gente!

—Trabajaba en cajas de caudales.

—Bueno. Tanto peor para él. ¿Es que tal vez piensan enterrarle en una de ellas?

—Yo no bromeo, Porter. Acabo de recibir un telegrama del *sheriff* de Leadville.

—¿Y qué?

—Allí acaba de ser asesinado un hombre llamado Foster.

—No pretenderá decir que lo he hecho yo.

Las facciones de Johnny Evans se ensombrecieron.

—No, por desgracia ya sé quién lo ha hecho. Pero le hablo de esto porque Foster también se dedicaba a la fabricación de cajas de caudales. Era un experto en combinaciones.

—Sigo diciéndole lo mismo. ¿A mí qué me importa?

—Hace poco también murió un hombre llamado Usher. Su oficio era el de estampador de metales. También trabajaba en cajas fuertes.

—Vaya… Debe ser un oficio muy peligroso, ese que usted dice.

Pero a Porter se le notaba nervioso, desasosegado.

Johnny continuó:

—Todos trabajaban en equipo para un hombre llamado Kinton, que era el auténtico creador de un modelo exclusivo de caja de gran seguridad. Kinton fue el que construyó el monstruo que usted tiene en el Colorado Bank. Una caja realmente a prueba de ladrones. No hay quien se la lleve, no hay quien la vuele y no hay quien la abra.

Porter asintió.

—Eso es cierto. Y la pagué a buen precio.

—Kinton también murió asesinado.

—Eso me dijeron. Y me sorprendió mucho, porque era un tipo pacífico, que no se metía con nadie.

—¿Usted le pagó su trabajo?

—¡Claro! Puedo enseñarle el recibo, si quiere.

—Pues a él no se le encontró el dinero encima.

—¡Claro! —Y Porter dio un puñetazo sobre la mesa cercana—. Pero ¿es que no lo comprende? ¡Lo mataron para robarle!

—Tal vez.

—¿Qué… trata de insinuar?

Johnny se puso en pie.

—Nada, señor Porter. Sólo quiero advertirle que, al parecer, el equipo de hombres que construyó su caja estaba en desgracia. Todos trabajaban el acero, pero han muerto de una indigestión de plomo. Quizá quede alguno vivo; no lo sé. Pero me ha parecido oportuno que lo supiera.

La mandíbula del banquero tembló.

—La caja que tengo en el Colorado Bank está pagada y es mía —barbotó—. Lo que les ocurra a los hombres que la construyeron es un asunto que ya no me importa. Y ahora déjeme en paz.

Johnny Evans se dirigió hacia la puerta.

Sin decir una palabra más, salió.

Ya había visto lo suficiente. Si provocó aquella conversación fue para apreciar las reacciones de Porter. Y estaba ya seguro de que éste tenía algo que ver con las muertes, en especial con la de Kinton. El nerviosismo que reflejaron sus ojos cuando él pronunció aquel nombre no había sabido disimularlo.

Entró en un *saloon.*

Desgraciadamente, no era eso sólo lo que le preocupaba.

Ahora sabía quién mató a Foster, en Leadville. Y tenía motivos más que sólidos para suponer quién había sido el autor de las anteriores muertes, salvo, tal vez, la de Kinton.

Su hermano Ted se había metido en un mal paso. En uno de esos malos pasos que sólo terminan en la horca.

—Un *whisky* triple —pidió, cuando estuvo acodado ante la barra.

Necesitaba beber. Necesitaba aturdirse para llegar a olvidar aquella idea terrible que se había ido metiendo en su cabeza.

La idea de su hermano Ted condenado a muerte. La idea de su hermano Ted con las manos atadas a la espalda, dirigiéndose a la horca.

Bebió de un trago y quedó sin respiración.

Aquel *whisky* le abrasaba, le trituraba la garganta.

Su calidad era infernal.

—¿Fuerte? —preguntó una voz a su espalda.

Johnny se volvió.

Las facciones inexpresivas de Gregory se recortaron ante sus ojos. Al riflero se le había cambiado el color de la cara. Ahora se diría que todo él era gris.

Pero algo no había cambiado, y era la mueca de odio que seguía flotando en sus labios.

—¿Qué quiere, Gregory?

—Verle.

—Muy bien. Acepte un trago.

—No es eso, federal. He venido a decirle que me parece que los dos pensamos lo mismo.

—¿Pensar? ¿Qué?

—Usted viene de ver a Porter.

—No lo niego.

—Mi hermano trabajó para él.

—Se equivoca. Trabajó para un hombre llamado Kinton.

—Bueno, pero Kinton estaba construyendo la caja para el Colorado Bank. Viene a ser lo mismo, ¿eh?

—No, no lo es. ¿Y a qué viene todo eso?

—Parece que mi hermano tenía que cobrar bastante dinero. Ése es un trabajo bien pagado, ¿sabe? Pero no lo cobró.

—¿Cómo está tan seguro?

—¿No ha visto su rancho? Era miseria pura. Caso de tener pasta, mi hermano la hubiera empleado enseguida. Pero, además, lo he registrado todo y no hay ni rastro de dinero. También he preguntado en los Bancos. No tiene ninguna cuenta corriente a su nombre ni al de mi sobrina, también muerta.

Johnny pidió más *whisky* y volvió a beber, aun a riesgo de convertir su garganta en arena.

—Bueno, ¿y todo eso qué tiene que ver?

—Pienso que quizá Porter lo hizo matar para no pagarle.

—No diga tonterías.

—Kinton también murió.

—¿Y qué?

—No me diga que no ha pensado lo mismo que yo, federal. Usted ha ido a ver a Porter, seguramente, para acusarle.

—Se equivoca, amigo. Quería hablarle de ese asunto, no lo niego, pero no le he hecho ninguna acusación… todavía. Además, es absurdo pensar que Porter haya matado por una cosa así. Lo máximo que puede valer su caja es un cuarto de millón de dólares. Una suma estupenda, lo reconozco, pero no lo bastante para que un hombre de su posición se ponga a matar para no pagarla.

Johnny Evans se dio cuenta enseguida de que aquellas palabras no habían logrado convencer al riflero.

La misma mueca de odio seguía dibujándose en los labios de Gregory.

—Yo tengo mis ideas —dijo éste—. Ya recibirá noticias mías, amigo.

Y salió.

Johnny Evans no quiso seguirle.

El sabía que el culpable era Ted. El no hacía más que dar vueltas en su cabeza a aquel maldito pensamiento.

Pidió otro *whisky*.

Mientras tanto, Gregory aprovechaba los minutos.

Era un hombre frío, calculador, reflexivo, uno de esos hombres que han nacido para campeones de tiro o de ajedrez, que todo lo hacen matemáticamente.

Por una calle lateral subió sin ser visto al tejado que estaba enfrente del hotel donde se alojaba Porter.

Por un resquicio de la ventana mal cerrada veía a éste. Estaba semivestido y sentado en una butaca. Bebía incansablemente. A veces, en el campo visual, se interponía la figura de una mujer muy bonita.

Gregory llevaba su rifle.

Se tendió en el tejado y apuntó.

Nadie le veía. Ninguna persona de las que pasaban por la calle sospechaba que él pudiera estar allí.

Y, naturalmente, tampoco lo sospechaba Porter.

Gregory entrecerró los ojos.

Aquello era un juego de niños para él. Ni siquiera parpadeó al apretar el gatillo.

Porter, que estaba sentado en la butaca, dio un terrible brinco hacia atrás.

La bala acababa de atravesarle el hombro izquierdo.

Se puso a aullar como un cobarde, quejándose de terribles dolores, mientras la bailarina se inclinaba sobre él.

La hermosa mujer se sentía estremecida por la sorpresa.

Sospechaba que Porter había de tener muchos enemigos, pero no comprendía por qué habían disparado precisamente contra él. La bala había penetrado por un resquicio increíble, entre el marco de la ventana y la persianilla. Pero a ella le pareció que la herida no era grave.

Porter se retorcía por el suelo de una manera tragicómica.

—¡Malditos! ¡Me han hecho pedazos! ¡Voy a morir! ¡Condenados perros! ¡Ayudadme! Ayudadmeee…

La bailarina murmuró:

—Pero, cariño, si sólo estás herido…

—¡Tengo balazos en todas partes! ¡Me han hecho pedazos! ¡Socorroooo!

Ella le miró con desprecio.

—Tienes muy poca resistencia.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he visto hombres con heridas peores y ni siquiera les ha temblado el cigarrillo que tenían en los labios.

—¡Dices eso porque eres una zorra!

Ella sintió tentaciones de marcarle la cara con los tacones de sus zapatos, pero al fin se aguantó. Además, en aquel momento alguien abría la puerta, atraído por los gritos del millonario.

—Pero ¿qué pasa aquí?

—¡Han herido al señor Porter!

Varias personas se habían agolpado en la puerta.

—Por favor, llamen a un médico —dijo la bailarina.

Pero nadie se movió.

—¡Corran! ¿Qué hacen ahí parados?

La bailarina se dio cuenta entonces de que todos estaban inmovilizados allí porque la miraban a ella.

—¡Fuera de aquí! ¡Vamos! ¡Llamen a un médico!

No hizo falta. El médico, que tenía su casa junto al hotel, llegaba ya, atraído por los gritos. Miró al herido y abrió su maletín para aplicarle la «anestesia».

Ésta constaba de una primera fase.

Dicha primera fase consistía en una botella chata de licor del más fuerte, mezclado con pólvora picada.

Quieras o no, le puso el gollete entre los labios a Porter y le hizo beber un largo trago.

Pero Porter siguió berreando.

—La primera fase de mi anestesia especial ha fallado —dijo el médico—. Pasemos a la segunda.

Dicha segunda fase consistió en sacar de su maletín un martillo más largo que la cola de un caballo.

Atizó con él un golpe al cráneo de Porter.

Y, naturalmente, ahora no falló.

Porter quedó más quieto que un cangrejo colgado de un hilo.

Entonces, el médico le examinó con atención la herida, aunque dirigiendo de vez en cuando largas miradas a la bailarina, cuyo vestido no se ajustaba demasiado bien. Al fin chascó dos dedos, como si hubiera llegado a una conclusión.

—No morirá de ésta —dijo.

La bailarina se inclinó sobre él.

—¿Así no es grave?

—Pudo haberlo sido. Ha estado de suerte.

—¿Y por qué no le extrae la bala?

—Es imposible. La tiene introducida entre los huesos de tal modo que la operación podría matarle. En cambio, así la bala se le enquistará y llegará un momento en que ni se acordará de ella. Pero ha sido un tiro de suerte, porque un poco más abajo y le hubiera atravesado el corazón.

Y añadió:

—Ésta es su habitación, ¿no?

—En efecto.

—Pues métanlo en cama.

Entre tres hombres acostaron al inconsciente banquero, mientras la bailarina tomaba entre sus manos la levita de éste.

—¿Qué tratamiento debe seguir, doctor?

—Ahora le vendaré y le limpiaré la herida. Luego, el tratamiento es muy sencillo: un trago de *whisky* de vez en cuando.

—Es usted todo un científico, doctor. ¡Lo que habrá tenido que estudiar para aprender todo eso! En fin, ¿cuánto le debo?

—Veinte dólares.

Ella sacó cien del bolsillo del banquero.

—Aquí tiene. Veinte para usted y ochenta para mí. Como buenos hermanos.

—¡Usted sí que habrá tenido que estudiar para aprender todo eso, hermana!

—No lo sabe usted bien, doctor. Y ahora, adiós.

—Adiós, muñeca.

La bailarina iba a salir, pero ya en la puerta lo pensó mejor, volvió a entrar y se llevó toda la cartera de Porter.

—Por las molestias —dijo—. No he visto tío más pesado y más burro que ése.

Y salió definitivamente, acabando de ponerse el vestido por la escalera.

Un viajante de comercio, que acababa de llegar allí, y que subía, quedó sentado al verla.

—Yo ya no me muevo del Oeste —balbució—. ¡Aunque sea sin cobrar, yo ya no me muevo!

# CAPÍTULO VIII

Mientras tanto, al otro lado de la calle, Gregory acababa de deslizarse desde el tejado sin que nadie le viese.

Para evitar toda sospecha, guardó su rifle de precisión entre la paja de una cuadra contigua, y así, cuando salió de nuevo a la calle principal, llevaba las manos vacías.

Entró en el *saloon* más cercano.

Fue a un rincón, dispuesto a beber unos vasos de *whisky* para celebrar el éxito. La ventana situada junto a aquel lugar oscilaba a causa del viento y daba golpetazos de vez en cuando. Gregory trató de cerrarla, pero no encajaba bien. Al fin se encogió de hombros y bebió su primer vaso.

Fue entonces, al alzar la cabeza, cuando se encontró con los ojos helados de Johnny Evans.

Johnny estaba junto a él. Le miraba fijamente.

—¿Puedo sentarme, Gregory?

—Hombre, claro que sí… Como usted quiera.

Johnny se sentó y puso las manos sobre la mesa, sin dejar de mirarle fijamente.

—¿Por qué lo ha hecho, Gregory?

—¿Hacer qué?

—Lo sabe muy bien. ¿Cree que soy idiota?

Gregory sonrió.

—No sé de qué me habla.

—Vamos, las cartas sobre la mesa.

—¿Qué va a hacer? ¿Detenerme?

—Yo no detengo a nadie por tirar contra un cerdo como Porter. Pero quiero la verdad. Estoy dispuesto a saberla hasta el menor detalle.

—Está bien… Tendrá la verdad. ¿Cómo sospecha que he sido yo?

—Sólo un maestro hubiera colocado la bala por ese ángulo, entre la cortinilla y el marco de la ventana. Me he fijado bien.

—De acuerdo, fui yo. ¿Y qué?

Y continuó:

—Porque él tiene que ver algo con la muerte de mi hermano. Aunque sea indirectamente, no importa. Pero yo siempre arreglo las cosas a mi modo.

—Entonces, ¿por qué no le mató?

Gregory lanzó una carcajada, una carcajada brutal que llamó la atención a las otras personas que estaban reunidas en el *saloon*, aunque ninguna de éstas pudo oír las palabras que el riflero pronunció a continuación.

—Pero si está muerto… —bisbiseó Gregory.

—¿Qué dice?

—No me cree, ¿verdad?

—Porter está solo herido, y, además, la herida no es grave. Me lo acaba de decir el médico.

—Ese médico no sabe de qué habla. El no conoce mis disparos.

—¿Qué demonios está insinuando, Gregory?

—Muy sencillo: hay que conocerme para saber lo que significa una bala disparada de ese modo. Ha sido uno de mis tiros más perfectos. El proyectil está cerca de la clavícula, ¿no?

—Eso ha dicho el médico.

—Muy bien. Pues no se estará quieto allí. Yo sé muy bien lo que hago. El proyectil descenderá poco a poco, y dentro de tres días, sin que nadie pueda evitarlo, llegará al corazón y provocará la muerte. De modo que Porter es ya un cadáver, amigo mío, aunque él no lo sepa. Tiene justamente tres días de vida. ¿Quiere apostar algo sobre ello?

Johnny Evans palideció.

Nunca había conocido a un tipo como aquél.

Sus labios temblaron ligeramente cuando dijo:

—¿Qué clase de hombre es usted, Gregory?

—Sólo un fulano vengativo. Y que, además, dispara como un verdadero artista.

—Si estaba en su mano hacerlo, ¿por qué no ha matado

directamente a Porter?

—Muy sencillo: porque no se hubiera dado ni cuenta. Y ése no es un juego normal, señor Evans. Quiero que sienta la angustia de la muerte llegando poco a poco. Quiero que, al menos el último día, se de cuenta de que aquello es el fin. Otra cosa sería demasiado sencilla, amigo.

Johnny Evans entornó los párpados. Miró a aquel hombre, y no supo si con admiración, con pena o con odio.

—No me gusta esa clase de justicia directa —murmuró.

—¿Va a detenerme?

—No.

—Lo celebro, Evans. Es usted un tipo inteligente.

—Lo que ocurre es que soy un tipo a quien Porter también le da asco. En fin, será cuestión de que elija una buena sepultura, ahora que está a tiempo. ¿Cuántos días le quedan?

—Tres.

—Reconozco que es un artista, Gregory. Nunca había tratado con ningún fulano capaz de hacer una cosa como ésa.

—Pues ya no puede decir lo mismo.

Johnny se puso en pie.

—Adiós, Gregory.

—Adiós, Evans. Y otra cosa: ¿Sabe cómo se llama la clase de disparo que acabo de ensayar?

—Dígamelo.

—Se llama «tarjeta de visita». Anuncia la llegada de la muerte para un día, para dos o para tres más tarde. Según dónde clavo la bala, puedo graduar el tiempo.

Johnny Evans tragó saliva.

¡Diablos con aquel buitre!

Le producía una cierta repugnancia estar frente a él, pero no podía negar que era un tirador de primera.

Salió de allí sin decir una palabra.

Gregory sonrió satisfecho, mientras se servía un nuevo vaso de *whisky*.

Pensaba que nadie, fuera de Johnny Evans, se había enterado de aquello. Que nadie sabía lo que acababa de hacer.

Pero la realidad era muy distinta, porque alguien acababa de escuchar la conversación desde el otro lado de la pared, a través de

aquella ventana que el viento impedía se cerrara por completo.

Marta, después de escuchar las palabras de Evans y de Gregory, estaba pálida como una muerta.

Se alejó velozmente de allí, de regreso a su casa, mientras el viento gélido que llegaba del Norte, a través de Montana y de Idaho, silbaba en la llanura.

## CAPÍTULO IX

Ted Evans, el pistolero, había vuelto a Denver, la capital de Colorado.

Nadie podía negar que era un tipo que se movía aprisa.

Daba muestras de un dinamismo sensacional, yendo de un lado a otro del territorio. Pero la verdad era que hacía aquello porque tenía algo muy importante que ganar. Estaba preparando el golpe más sensacional de su vida entera.

Una vez en Denver, se dirigió al hotel que estaba justamente enfrente del Colorado Bank.

Sabía que no hubiera debido volver a la capital, porque el *sheriff* tenía motivos más que sobrados para acribillarle aunque fuera por la espalda. Pero confiaba en que no sucedería nada, o al menos aquél era un riesgo que necesitaba correr.

Desde su lugar, el dueño del hotel le hizo signos negativos al verle entrar.

—No hay habitaciones libres, señor.

—¿De veras?

—Crea que lo lamento. Está todo ocupado.

Ted Evans acarició la culata del revólver.

—No se preocupe; le resolveré el problema. Yo mismo «desocuparé» la habitación que me interesa.

—¿Cuál… cuál es la que desea?

—La del centro de la fachada.

—La… la ocupa una señorita, señor Evans.

—¿Bonita?

—Pues… mucho.

—Tanto mejor. Nos quedaremos los dos.

El dueño apretó los labios.

—Me temo que en ese caso perderá el tiempo, señor Evans.

—¿Por qué?

—Es una chica formal.

—¿Una de esas que visten de negro y que pegan a los borrachos?

—No, pero algo parecido. Es una maestra de escuela. Está aquí sólo de paso.

—Bueno, pues si se quiere quedar que se quede. Y si no, que se vaya.

Y subió directamente, sin más preámbulos, a la habitación que había elegido.

Entró sin llamar.

La chica morena que estaba allí, sentada en una butaca, lanzó un gritito.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Evans la miró fijamente.

No se podía comparar con Marta, claro, pero tampoco era como para despreciar una aventura con ella.

—Voy a quedarme aquí, nena. Nos vamos a quedar los dos.

—¿Está loco?

—Al fin y al cabo, tú sales ganando. Yo soy un hombre muy cotizado. Las mujeres me persiguen, no me dejan en paz. Por eso me hago valer.

—¡Reclamaré al dueño del hotel!

—Reclama lo que quieras, muñeca. Pero si quieres aprovechar la ocasión date prisa, no sea que venga otra y se me lleve.

Cerró la puerta, atravesó la habitación y se dirigió tranquilamente a la ventana.

Sus ojos se entrecerraron y su expresión cambió.

Estaba ansioso.

Había elegido bien, porque la habitación se hallaba justamente frente al Colorado Bank. Desde allí se veían perfectamente todas las ventanas, sólidamente enrejadas, de tal modo que hubiera hecho falta un cañón para dejarlas libres, y la puerta, que era de acero y se abría mediante una combinación, igual que una caja de caudales.

Ted Evans se acarició la mandíbula.

Era la hora precisa.

Los empleados estaban saliendo. Parecía mentira la cantidad de gente que trabajaba allí, lo cual daba idea de la importancia del

Banco. Ted se fijó en el que cerraba la puerta, que era el cajero jefe.

Movió las ruedecillas, que eran exactamente iguales a las de una caja fuerte.

No conociendo la combinación, era imposible abrir la puerta principal del Banco. ¡Y luego quedaba la cámara acorazada, con otra combinación distinta!

No cabía duda de que el dinero de Porter y de los clientes de éste se hallaba bien seguro.

Resultaba más difícil asaltar aquel Banco que la propia cámara del Tesoro de los Estados Unidos.

Sin embargo, una sonrisa burlona flotaba en los labios de Evans.

Había visto lo que necesitaba ver. No era la primera vez que se fijaba en todos aquellos detalles, pero ahora los había comprobado de nuevo. Y sabía que sus cálculos no podían fallar.

Así permaneció varios minutos, pensativo, mirando la puerta principal del Banco.

La mujer se acercó a él.

Parecía extrañada por aquella contemplación y por aquel silencio.

—¿Qué hace aquí? —musitó—. ¿No va a irse?

—Espera, nena.

—¡Le repito que tiene que irse!

—Y yo te repito que me quedaré. Voy a estar unas cuantas horas aquí, pero no te molestaré para nada.

—¿Es que va a estarse junto a esa ventana?

—Exacto, nena.

Ella suspiró.

—Está loco.

—Tal vez.

—Soy capaz de llamar al *sheriff* si no se larga enseguida.

—Puedes llamarlo si quieres, muñeca. Y entonces te divertirás, porque lo más normal es que lo reciba a tiros.

Ella no se dio por vencida.

Dedujo que aquel hombre le estaba gastando una broma. Y, puesta a tener paciencia, decidió quedarse allí hasta que él se largase.

No había peligro de que intentase nada contra ella porque aquel extraño individuo parecía haberse olvidado de su presencia.

Sólo miraba a través de la ventana, fijándose en la puerta del Banco como un obsesionado.

Vio la llegada del guardián.

Como otras veces, éste se presentaba media hora después del cierre, y daba vueltas en torno al edificio sólo para que nadie se acercase a él. En realidad, era un obstáculo insignificante. La verdadera dificultad estaba en las puertas, y eso ya sabía Ted cómo resolverlo.

La muchacha, sentada en la butaca, le miraba fijamente.

Cada vez entendía menos a aquel extraño tipo. A no ser que…

De pronto, se estremeció.

¿Tal vez se preparaba un atraco contra el Colorado Bank? ¿Tal vez aquel tipo estaba apostado allí para dirigir el golpe?

La muchacha cerró un momento los ojos. Se dio cuenta entonces del peligro que corría.

Se puso en pie precipitadamente y se dirigió a la puerta.

—¿Ya te largas, preciosa? —preguntó Ted Evans, sin volver la cabeza.

—¡Claro que me largo! ¡Me voy cuanto antes de esta condenada ciudad!

—Buen viaje.

Y siguió ensimismado mirando la puerta, cerca de la cual no se producía ninguna variación.

Todos sus cálculos estaban resultando perfectos.

Podría dar el golpe a la noche siguiente, en cuanto hubiera… Bueno, la verdad era que le quedaba un pequeño detalle por ultimar. Pero eso, para él, no tenía demasiada importancia.

La muchacha que acababa de dejar la habitación se cruzó en la escalera con tres individuos que subían mientras ella bajaba. Y por sus expresiones y su aspecto comprendió que tenían algo que ver con el que estaba en la habitación.

Se alegró de haberse marchado.

A llegar abajo, pagó su cuenta y dijo al dueño que se encargara de retirar él mismo sus efectos personales. Ya encargaría al mayoral de la diligencia que se los enviara luego a su nuevo destino.

Mientras tanto, los tres individuos habían llegado a la puerta de la habitación.

No llamaron. Simplemente, empuñaron sus revólveres.

Uno de ellos empujó la puerta con el hombro y los tres entraron de repente en la estancia, encañonando a Ted Evans, que seguía quieto junto a la ventana.

El pistolero resultó completamente sorprendido.

No esperaba aquello, y cuando se volvió, girando también la mano hacia la culata, ya le estaban encañonando. Desistió de su gesto, mientras en sus labios aparecía una sonrisa burlona.

—¿Qué os pasa, amigos? ¿Sois enviados del *sheriff*?

—¿Tenemos aspecto de eso?

—Entonces, venís a echarme de la habitación, ¿no? Seguro que la queréis para vosotros.

—La habitación nos importa un bledo. Venimos a por ti.

Los ojos de Ted se ensombrecieron.

—¿Quién os envía?

—Patton.

—Patton… está loco.

—El que estás loco eres tú, si creías que podrías matarle como a los otros. Vamos, suelta el revólver. Pero sujetándolo con dos dedos nada más.

Ted Evans comprendió que estaba perdido.

Ahora, cuando todo empezaba a cristalizar, cuando tenía la fortuna al alcance de sus manos ansiosas, surgía aquel maldito de Patton para estropearlo todo.

Pero no podía resistirse. Eran tres contra él y, además, le estaban apuntando.

Sujetó con dos dedos la culata de su revólver y lo dejó caer al suelo.

Luego avanzó hacia la puerta.

Los tres hombres habían guardado sus revólveres cuando llegaron a la escalera, para disimular un poco. De todas formas era igual, porque Ted Evans seguía estando acorralado. Maestros en disparar a través de las fundas, aquellos tres granujas le apiolarían en cuestión de segundos si hacía un solo movimiento sospechoso.

El dueño del hotel le miró con los ojos entornados.

Sonrió por lo bajo porque, sin duda, deseaba que lo mataran. Cuando Ted hubo salido, acompañado por los otros, extrajo una botella de ron de debajo del mostrador y se bebió un largo trago.

—A su salud —dijo—. A la salud del muerto…

## CAPÍTULO X

En efecto, Ted Evans sabía que iba a morir. Patton no le perdonaría de ningún modo.

Precisamente por ser un cobarde, Patton llegaría hasta el fin. Nadie es tan feroz como un cobarde cuando defiende su sucio pellejo.

Los tres hombres le llevaron a una casa de las cercanías. Era un edificio aislado, al final de una de las calles más tortuosas de Denver.

Patton estaba allí.

Era un hombre de unos cuarenta años, con las facciones rojas, y cuya mandíbula temblaba al hablar.

Ted se detuvo en el centro de la habitación. Con los pulgares apoyados en su cinto-canana sin revólver, le miró con desprecio.

—¿Por qué me has hecho buscar, Patton?

—¿Y lo preguntas?

—Claro que lo pregunto. Creí que éramos amigos.

—También eras amigo de Usher, ¿no? Y de todos los demás que han muerto.

Ted Evans palideció.

—Si han muerto yo no tengo la culpa —dijo.

—No, ¿eh? ¿Crees que soy idiota?

—No he visto desde hace tiempo a ninguno de los que acabas de nombrar. Te lo aseguro.

Patton le escupió en la cara.

—¡Miserable perro…!

—¡Basta de insultos! ¿Para qué me has traído aquí?

—No hace falta que lo preguntes. He contratado a estos tres hombres para que acaben contigo. Yo no quiero ensuciarme las

manos con la sangre de un perro rabioso.

E hizo una seña a los tres granujas.

Eran gente de la misma calaña que el propio Ted Evans. Sabían cómo tenían que actuar.

Los revólveres brotaron a la luz.

Evans les miró desesperadamente, pero sabiendo que no tenía la menor probabilidad. Con un gesto de angustia, suplicó a Patton:

—¡No lo hagas! ¡Tengo algo que proponerte!

—Lo único que me puedes proponer es que te busque una buena tumba. ¡Disparad, muchachos!

Tres índices se fueron a cerrar sobre los gatillos, pero en ese momento alguien murmuró desde la puerta:

—¿Por qué tanta prisa, muchachos?

Los tres asesinos se volvieron a un tiempo, como si tuvieran un solo cuerpo. Vieron en el umbral a un individuo alto, moreno, más alto aún que Ted Evans, pero que tenía un cierto parecido con él.

Lucía un distintivo de federal y eso fue bastante para los tres pistoleros.

Con esa clase de tipos no se jugaba. Había que ser el más rápido.

Aprovechando que ya tenían los revólveres en las manos, hicieron fuego.

Pero el federal ya no estaba donde acababan de verlo segundos antes. Se había cobijado a un lado de la puerta, mientras disparaba a su vez.

Uno de los pistoleros cayó alcanzado mortalmente. Las balas de los otros mordieron el marco de madera.

Patton aulló:

—¡Matadlo! ¡Matadlo, condenados!…

Los dos pistoleros saltaron a la vez, tratando de cazar a su enemigo de flanco. Pero Johnny Evans demostró ser más rápido y hábil de lo que ellos creían.

Se había dejado caer al suelo, junto al marco de la puerta, haciendo fuego desde allí.

Los dos fueron alcanzados casi a la vez. Se tambalearon, mientras parecían bailar un incomprensible ritmo con sus botas. Uno de ellos disparó al techo, pero el otro ni eso pudo hacer. Instantes después habían caído estrepitosamente, llevándose las manos a unas heridas de las que no perdonan.

Patton estaba boquiabierto.

Nunca había visto disparar a uh fulano así.

—Yo… —balbució—. Yo sólo quería asustar a este amigo.

Johnny Evans entró lentamente en la habitación. Recargó el revólver sin mirar a Patton y sin mirar tampoco al asombrado Ted, que seguía con las manos levemente en alto.

Ted balbució:

—Gracias, Johnny. Has aparecido en el momento justo…

—No tiene nada de extraño, puesto que te sigo a todas partes.

—Acabas de salvarme la vida… Déjame un revólver. Hay que ajustar las cuentas a este maldito de Patton.

—¿Ajustarle las cuentas por qué?

—Pues… ¡Cuerno! ¿Y lo preguntas? ¡Ha intentado matarme!

—¿No habías venido tú a Denver para matarle a él?

—¿Yo? —Y Ted rió nerviosamente—. ¿Estás loco?

—Sé perfectamente lo que me digo. Tratabas de matarlo a él, como mataste a los otros. Patton será un miserable, pero no ha hecho más que adelantarse a tu maniobra.

Ted Evans se pasó una mano por la cara, más nervioso cada vez.

—Johnny…, ¿qué piensas hacer?

—Una cosa muy sencilla. Vamos los tres a ver al *sheriff*.

—No puedo. Sabes que estoy reclamado.

—Yo me encargaré de que el *sheriff* no te detenga por esta vez.

—¿Sí? ¿Y cómo vas a conseguirlo?

—De una manera muy sencilla: porque voy a llevarte detenido yo.

Ted Evans rió lúgubremente.

—Tiene gracia… Mi propio hermanito me mete en chirona.

—Es posible que salgas bien librado, después de todo… En cambio no habrá quien te salve de la horca si te dejo suelto un solo día más.

Tras guardar el revólver, señaló la puerta a Patton.

—Supongo que usted fue también uno de los que ayudaron a construir la caja fuerte del Colorado Bank.

—E… efectivamente.

—De los que la construyeron, debe ser el último que queda vivo.

—Me temo… que sí.

—Pues ha tenido suerte, Patton, porque ahora ya no le amenaza

ningún daño. Lo más que le cargarán será una temporada por intento de asesinato. Hala, fuera.

Patton salió. O, mejor dicho, fue a salir.

No pudo ver la maniobra de Ted Evans, como tampoco pudo verla ni adivinarla Johnny.

Ted se había inclinado en cuestión de segundos. De la caña de su bota derecha extrajo el corto cuchillo que siempre llevaba remetido allí.

Sus movimientos fueron fulminantes.

Johnny oyó el aullido de Patton cuando ya estaba a punto de salir, no sospechando nada de aquello. No podía imaginar que Ted cometiera aquel crimen miserable, y además creía que estaba desarmado. Pero cuando se volvió, sus ojos desorbitados vieron aquella escena increíble: Patton vacilaba, con el puñal clavado en la espalda. La hoja de acero debía haberle atravesado el corazón.

Ted se limitó a decir:

—Era necesario. El me hubiese liquidado a mí…

El terrible gancho le cazó en mitad de la mandíbula. No sólo le hizo cerrar la boca, sino que lo envió al otro lado de la habitación, volando materialmente por los aires.

Cayó al suelo, pero se levantó como si fuera de goma.

Preparó los puños, intentando defenderse.

Pero Johnny siempre había pegado mejor que él y lo demostró ahora. Movió los puños demoledoramente. Ted se encontró sin cejas, con el tabique nasal partido y la mandíbula medio rota antes de haber podido lanzar los puños una sola vez.

Cayó pesadamente a tierra.

Mientras se desplomaba, un cruzado le alcanzó aún en la sien.

Estaba destrozado. Quiso ponerse en pie, con un terrible esfuerzo de voluntad, y sus rodillas cedieron como si fueran de papel.

Restañó pesadamente la sangre que manaba de su rostro.

—Bien… —balbució—. Tú has ganado, Johnny.

—Cierto, yo he ganado.

—Ahora puedes… disparar.

—Nunca he matado a un hombre indefenso, y menos si ese hombre es mi hermano.

—Entonces, ¿qué…, qué piensas hacer?

—Voy a encerrarte. Será lo mejor para ti. Tendrás un juicio absolutamente imparcial, en una ciudad distinta de aquéllas en que has cometido tus crímenes.

—Sí, claro. Y me enviarán de cabeza a la horca.

—Al menos tienes esperanzas de que no sea así. Diré que te has entregado espontáneamente, y eso siempre cuenta. En cambio, si te dejo seguir, es absolutamente seguro que estarás muerto antes de que haya transcurrido una semana.

Ted Evans simuló resignarse.

Abrió las manos, como queriendo indicar que él ya se hacía cargo de que las cosas no tenían más remedio que ser así.

—De acuerdo —dijo—. ¿Vas a atarme las manos a la espalda?

—No tendré más remedio.

—Bueno, pues actúa…

Se volvió para que su hermano le atase. Johnny buscó con los ojos un cabo de cuerda.

El otro ya contaba con eso. Alzó una pierna rapidísimamente, propinando a Johnny un brutal puntapié al bajo vientre.

El federal se estremeció.

No contaba con aquello, y el horrible dolor le hizo quedar sin respiración. Sus facciones quedaron lívidas, mientras se encogía.

Durante unos instantes estuvo indefenso. La habitación dio vueltas en torno suyo.

Y ése fue el momento que eligió Ted Evans para descargar su golpe. No era ningún gran boxeador, pero tenía dos o tres tretas bien estudiadas, y una de ellas era el puntapié al bajo vientre combinado con el golpe de las dos manos en la nuca. Las unió y las dejó caer de repente, con todas sus fuerzas. Johnny, que no podía defenderse por el momento, cayó de bruces, como fulminado, sin lanzar un gemido.

Ted lanzó entonces una de sus carcajadas sardónicas.

Todo había resultado mejor de lo que creía. Cuando los tres hombres le amenazaron en el hotel con los revólveres no podía ni soñar con que las cosas marcharan de aquel modo.

Salió rápidamente de allí para buscar su caballo.

En los cascos de éste se hallaba ahora la clave de su salvación. No sólo su salvación, sino también la realización de todos sus ambiciosos planes.

## Capítulo XI

Había cabalgado desde Denver sin dar apenas descansó a su corcel, y éste se hallaba reventado. Sus remos casi se doblaron cuando Ted Evans se apeó frente a la casa de Marta.

Llamó a la puerta.

La propia Marta le abrió. Pese a ser casi medianoche, se hallaba vestida y diríase que le esperaba. Sus facciones estaban muy pálidas, pero a Ted le pareció igualmente hermosa. Tendió los brazos con decisión, como si fuera a abrazarla.

—Hola, muñeca.

Ella retrocedió. Todo su cuerpo estaba tenso.

—¿Qué te pasa? —susurró Ted.

—¿De…, de dónde sales?

—Estuve en Denver.

—¿Y para qué has vuelto?

El lanzó una carcajada.

—Mujer…, ¿ése es el modo de recibir a tu prometido? Quería verte.

La empujó con suavidad y entró, cerrando tranquilamente la puerta a su espalda.

Luego se dejó caer sobre una de las butacas, cabalgando la pierna sobre el respaldo.

—Hogar, dulce hogar… —suspiró, con la expresión más apacible del mundo.

Ella le miraba desde la puerta. Su cuerpo seguía tenso. Una lucecita amarga brillaba en los ojos de Marta, una lucecita que Ted no recordaba haberle visto nunca.

—Bueno, pero ¿qué te pasa? —musitó.

—Nada.

—Pues estás muy extraña. Ni que hubieras visto a mi propio fantasma… ¿Qué? ¿No tienes un poco de *whisky* para un sediento?

Ella le trajo una botella y un vaso. Caminaba como una autómata. Ted Evans se encogió de hombros y se sirvió un largo chorro.

La luz de la lámpara se proyectaba lejanamente sobre el rostro de Marta, que estaba apoyada en una de las paredes. Ella le miraba beber en silencio, como si no lo creyera. Y al fin susurró:

—Me acabas de decir que yo tenía un aspecto muy especial, Ted. Como si acabara de ver tu propio fantasma.

—Sí, eso es.

—Pues tu propio fantasma estoy viendo, Ted.

—No sé a qué te refieres.

—Ted, por Dios…

—¿Qué te pasa?

Ella dijo lentamente, con una densa amargura en su voz:

—Olvida lo del Banco, Ted. Olvídalo del todo. Es la súplica más importante que te haré en mi vida.

El se sorprendió. La verdad era que no comprendía cómo la muchacha podía saber algo de sus planes.

Pero con aquella desenvoltura que era habitual en él, lanzó una carcajada y se encogió de hombros.

—No sé de qué me hablas, muñeca.

—Te estoy hablando del Colorado Bank.

—¿Del que es propiedad de Porter?

—Sí.

—Sé que está en Denver, pero poca cosa más. Nunca me he parado ante sus puertas. No soy lo bastante rico, ¿sabes?

Y volvió a reír, mientras bebía un nuevo trago de *whisky*.

—Sé que estás intentando asaltarlo, Ted.

—¿De dónde has sacado esa tontería?

—He ido ligando muchos cabos sueltos.

—Y esos cabos sueltos no te han llevado a ninguna parte. ¡Vaya sandez! ¿Por qué supones que yo voy a ser tan idiota como para asaltar un Banco que es inexpugnable?

—Los métodos no los conozco, Ted, pero tratas de hacerlo.

—¿De dónde has sacado eso?

—En Denver te alojaste a la fuerza en una habitación donde ya

estaba una muchacha.

—Sí. ¿Y qué?

—Era maestra. Se dirigía más al Oeste. Hace poco ha pasado por aquí y se ha detenido a verme, porque somos amigas. Oyó tu nombre en el hotel y lo ha mencionado al contarme lo sucedido. Dice que estabas espiando la puerta del Banco.

—¿Tiene eso algo de extraño? A algún sitio tenía que mirar.

—Nadie hace lo que tú hiciste sin un interés muy especial, Ted. Y ya te he dicho que he ido, además, ligando cabos.

—¿Qué clase de cabos?

—Las muertes que últimamente han sucedido aquí. Unas muertes inexplicables.

Ted Evans palideció.

No le gustaba que se hablara de aquello, pues significaba un peligro para él. Y menos aún le gustaba que hablara Marta.

Pero ella se encargó de disipar sus recelos. Con voz suave musitó:

—Ted, yo te he querido siempre. No debes temer nada de mí.

—No temo.

—Abandona tus planes. Aún es posible que vivamos felices los dos. Nada está perdido si te comportas al fin como un hombre sensato.

El pistolero se encogió de hombros.

—¿Me estás suplicando?

—Si te pido esto es en tu propio bien.

—¿Porque me quieres?

—Siempre te he querido.

—A veces no sé por qué —dijo él tranquilamente—. Tu fidelidad es una de las cosas más curiosas con las que me he encontrado en mi vida.

—Hemos vivido juntos desde niños, Ted.

—También con mi hermano ocurre lo mismo y sin embargo…

—Es que él era distinto.

—Sí. Más serio… Demasiado responsable. Las personas y los sucesos eran para él cosas importantes. No quería nunca defraudar a nadie… ¡Qué tontería!

La vida hay que tomarla como viene. Sólo se vive una vez y lo que interesa es pasarlo en grande.

Bebió otro trago.

—Es curioso… —añadió—. Tú tienes un carácter que se amoldaba mejor al de Johnny. A los quince años eras alegre como yo, pero luego te has ido convirtiendo como él, sin darte cuenta. Y sin embargo, sigues siendo mi novia. Bien, no hablemos más de eso, ¿quieres? Ven aquí y disfrutemos de la vida. Los dos somos jóvenes, apasionados, nos queremos…

—Quizá eran jóvenes y apasionados también los hombres a los que has matado —dijo ella lentamente.

Ted se estremeció:

A sus labios asomó una mueca de desagrado.

—Ya está bien, muchacha. ¡Basta! Quiero ser rico y quiero serlo pronto y por el camino recto, ¿entiendes? Mañana mismo puedo convertirme en un auténtico supermillonario. ¡Y lo seré! ¡Vaya si lo seré! En el caso de que quieras compartir mi fortuna, acompáñame. Si no quieres, vete al diablo.

Marta se había sentado cerca de él.

La luz se proyectaba de tal modo sobre su rostro que sólo caía de lleno sobre sus labios. Unos labios rojos, palpitantes…

—Ted —suplicó—, si me quieres olvida ese proyecto.

—Es inútil, preciosa. He llegado ya demasiado lejos y no quiero ni puedo retroceder.

—Ese dinero que esperas conseguir, ¿es más fuerte que lo que sientes por mí?

—Es más fuerte que todo, Marta —reconoció tranquilamente él —. No hay fuerza humana que se pueda comparar con la fuerza que tiene el dinero. Si lo has conseguido, lo consigues todo. Hasta el cariño de la mujer que más te guste. En cambio sin dinero no llegas a ninguna parte.

—Mi cariño ya lo tienes, Ted.

El rió sardónicamente.

—Déjate de romanticismos, Marta. Yo quiero pasta, pasta abundante y agradable al tacto. Quiero montañas de billetes recién impresos, y puedo tenerlos. Lo demás son tonterías. Si tú eres desinteresada, tanto peor para ti.

Marta no contestó.

Sus labios se habían apretado y por sus mejillas resbalaban dos lágrimas.

Pero trató de animarse cuando dijo:

—Ted, es nuestra última oportunidad.

—¿Por qué me quieres, Marta?

—Porque nos unen los recuerdos. Porque nos une la época más hermosa de nuestras vidas.

—El pasado es el pasado —dijo filosóficamente él—. Yo me río de los recuerdos, porque nadie vive de ellos. El idiota de Johnny es distinto. Para él aún tienen sentido los juegos de nuestra niñez, las últimas palabras de nuestra madre antes de morir… ¡Bah! Zarandajas. ¿Sabes lo que te digo, Marta? Hay que pasarlo en grande mientras se pueda. Después…, ¡al diablo!

—¿Es eso todo lo que le pides a la vida?

—Eso es todo.

—¿Y yo? ¿Qué papel juego yo en todos esos proyectos, Ted?

—Si quieres acompañarme en mi aventura, te acepto. Si no vas a tomarme como soy, déjame en paz.

Se levantó de la butaca, se tendió en el diván contiguo y cruzó ambas manos bajo la nuca.

—Voy a pasar la noche aquí —dijo perezosamente—. Tráeme una manta.

Y ante la incertidumbre de Marta lanzó una carcajada.

—Supongo que no te importarán las chismorrerías de la gente —susurró luego.

—Ya hay demasiadas cosas que no me importan, Ted.

Fue a su habitación y le trajo una manta, que ella misma le puso encima con todo cuidado.

Pero esquivó las manos del pistolero, que buscaban febrilmente las líneas de su cuerpo.

—Déjame, Ted.

—Bueno, tú te lo pierdes.

—Peor para mí, ¿verdad?

—Y tanto… ¿Dónde vas a pasar la noche?

—Fuera de esta casa.

—Je, je… La niña se nos ha vuelto temerosa, ¿eh?

—Habrá habitaciones en el hotel. Prefiero estar allí.

—Bueno, como quieras… Déjame la botella cerca. Al menos me ayudará a pasar la noche, ya que tú eres tan tímida.

Y cerró los ojos tranquilamente, disponiéndose a dormir, como si

su conciencia estuviera la mar de tranquila.

Y, en verdad, a su manera, lo estaba.

Ted Evans era de esos tipos que no sienten remordimientos nunca.

Mientras permanecía con los ojos cerrados, empezando a respirar acompasadamente, Marta le contempló en silencio.

Era como si algo muy profundo, muy íntimo, muriera en su interior.

Sus ojos estaban nublados por una expresión triste.

Le cubrió mejor con la manta y luego paseó su mirada por la habitación, por todos aquellos rincones conocidos, como si se despidiera de ellos para siempre.

Y en realidad lo estaba haciendo.

Algo había muerto, había cambiado en ella. Las cosas ya no volverán a ser como antes.

Sin apagar la lámpara salió de la habitación.

# CAPÍTULO XII

A la mañana siguiente, Ted Evans despertó algo tarde. Para despabilarse bebió un trago de *whisky* y luego fue a asearse al cuarto de baño que había en la casa de Marta. Era un gran cuarto amosaicado y provisto de bomba de agua, comodidad que no todos tenían. Silbando y siempre alegre, Ted se aseó, afeitándose con los útiles que habían sido del padre de Marta. Luego se preparó él mismo un suculento desayuno y se dispuso a salir.

Pero antes se dejó caer por el dormitorio de la muchacha.

Tal vez tuviera suerte y ella, al fin y al cabo, estuviese allí.

Le tentaba la aventura con aquella muchacha demasiado romántica, demasiado tímida, pero que tenía un cuerpo de diosa.

Frunció el ceño al ver el dormitorio vacío.

Era cierto lo que le había dicho. Marta pasó la noche fuera.

—En fin… —dijo—. Peor para ella.

Y se encogió de hombros.

Había conseguido lo que quería: ganar una noche. Ni a su hermano Johnny ni a nadie se le habría ocurrido buscarle allí. Ahora sólo tenía que dejar pasar unas horas, volver a Denver al anochecer y culminar su gran golpe.

En el fondo…, ¡era todo tan sencillo!

Miró su reloj.

Demonio, eran las once.

¡Cómo había dormido…!

Vio que su caballo no estaba en el amarradero y pensó que la propia Marta lo habría llevado a la cuadra. Deliciosa y ordenada mujercita… Fue hacia allí, siempre silbando alegremente.

En efecto, su caballo había sido bien cuidado. Lo acarició, le puso la silla y salió con él, llevándolo de la brida.

Había polvo en la calle y las huellas de los cascos se marcaban claramente.

Ted seguía silbando.

Y de pronto su alegría pareció esfumarse. Una especie de sexto sentido le avisó. Tuvo la sensación de que alguien le seguía.

Dejó de andar y se volvió poco a poco, con la derecha cerca del revólver, pero sin mostrar demasiada prisa por «sacar».

Su sexto sentido le había dicho también que el hombre que estaba a su espalda no pretendía hacer ningún gesto agresivo.

Lo vio. Era un individuo alto y delgado, que vestía como la gente de las ciudades grandes. Su pantalón y su levita eran de buena calidad. Llevaba un rifle en la mano derecha, pero no parecía dispuesto a usarlo.

Ted masculló:

—¿Por qué me sigue?

—Perdone, quería hacerle una pregunta.

—Bueno, pues hágala.

—¿Quién es el dueño de ese caballo?

—Soy yo.

El riflero entrecerró los ojos.

—De modo que es suyo…

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada…

—¿Cómo se llama usted?

—Gregory.

—¿Y qué quiere?

—Ya se lo he dicho. No tiene importancia… Sólo quería saber quién es el dueño de ese caballo.

—¿Acaso piensa comprarlo?

—Tal vez.

Ted Evans hizo una mueca. Pensó que aquel tipo era un chalado. ¡Había tantos entre la gente que llegaba de las grandes ciudades!

Hizo un gesto despectivo.

—Bah… Váyase al cuerno, amigo.

Y siguió su camino.

No había avanzado más allá de veinte yardas cuando se encontró con otro tipo. Éste era bajo, rechoncho, y lo conocía vagamente por haberlo visto alguna vez. Lo recordaba de Denver.

El individuo, con aspecto de funcionario importante, se acercó a él.

—¿Usted es el señor Foster? —dijo.

—Sí, Ted Foster —y lanzó una carcajada—. Si tiene alguna duda, mire los pasquines con mi facha. Los hay por todas partes. Y dan por mí mucho dinero, pero nadie se atreve a ganárselo.

Sin dejar de reír, miró con curiosidad al tipejo.

—¿Acaso usted…? —murmuró.

—No, no… Todo lo contrario; soy hombre de paz. No sé si me habrá reconocido. Está ante el notario Foreman, de la ciudad de Denver.

—¿Y qué quiere?

El notario señaló uno de los bolsillos de su levita, donde yacía un abultado sobre.

—Tengo algo para usted.

—¿De qué se trata?

—No se lo puedo decir ahora; pero esta noche se lo leeré si está en Denver.

Ted se pasó una mano por la mandíbula.

—También es casualidad… —susurró.

—¿Por qué?

—Pensaba estar en Denver justamente esta noche.

—Excelente, excelente… Entonces nos veremos. No lo olvide: notario Foreman.

—Descuide, no lo olvidaré.

Pero cuando el otro se había alejado, lanzó una carcajada sardónica.

—Vas listo, mequetrefe —dijo—. Con el dinero que tendré esta noche, lo que menos me van a preocupar serán los notarios.

Y fue a montar en su caballo para disponerse a salir de la ciudad.

Le convenía llegar a Denver dando un rodeo, de forma que perdiera su pista cualquiera que le estuviese siguiendo.

Pero debía estar escrito que aquella mañana iba a ser de encuentros y de sorpresas para él. Porque no había hecho más que montar en su caballo cuando dos individuos pasaron haciendo grandes aspavientos por el porche que había a su derecha.

—¡Es asombroso!

—¡Una chica tan sensacional!

—¡Y decían que era romántica!

—Sí… Para que te fíes de las mujeres.

Ted se dispuso a picar espuelas, sin prestar atención, pero de repente le hizo detenerse el oír aquel nombre.

—¡Mira que Marta casarse con un vejestorio así!

—Y encima él no ha podido ni tocarle la mano. Está herido.

—Eso es lo que ella quería, cuerno. El dinero sin dar nada a cambio.

—Porque ya sabes lo primero que ha pedido, ¿no?

—Sí, claro. Que él hiciera testamento de todos los bienes a su favor. Y en especial del Banco.

—¿Y Porter ha aceptado?

—Claro… Pero seguramente piensa revocarlo cuando esté bien otra vez, ¡menudo buitre!

Y los dos hombres se alejaron.

Ted Evans estaba lívido.

Sentía que se le había secado la boca.

De modo que Marta… De modo que la desinteresada, la romántica, la dulce Marta…

La muchacha que horas antes le hablaba de los recuerdos de la niñez y de su amor desinteresado se había casado con una bolsa de oro…

Sintió deseos de lanzar una carcajada burlona.

Pero esta vez no pudo hacerlo porque se sentía defraudado, herido. La verdad era que a él Marta —y cualquier mujer del mundo— le importaba poco, pero insensiblemente la había ido colocando muy alta en sus pensamientos. Era desinteresada, dulce, sincera… Y de pronto se casaba nada menos que con Porter. Muy bien… Era una lección como para no olvidarla.

Nunca confió en las mujeres, pero ahora mucho menos…

Picó espuelas y se dirigió a Denver.

Se encogió de hombros, mientras alejaba todos aquellos molestos pensamientos.

Al fin y al cabo aquella noche iba a nadar en oro, y entonces podría tener tantas Martas como quisiese, de modo que… ¡al diablo…!

# CAPÍTULO XIII

Resultaba comprometido acercarse a Denver otra vez, pero Ted Evans pensaba que necesitaba arriesgarse. Además, después de su gran golpe de aquella noche, ya no volvería. Se instalaría en San Francisco, en una magnífica casa sobre la Colina del Telégrafo, y allí viviría rodeado de placeres, de comodidades y de todo lo que un hombre pudiera soñar.

Ted Evans siempre había sido optimista, y mucho más ahora, cuando lo tenía todo tan bien preparado.

Como dio un gran rodeo, ya había anochecido cuando llegó a Denver. Hubo momentos en que tuvo la sensación de que alguien le seguía, pero esa sensación no se plasmó en nada concreto. Cuando llegó a la ciudad estuvo en las afueras hasta bien cerrada la noche.

Entonces entró.

Fue por calles secundarias, evitando el contacto de la gente, para que nadie se fijase en él.

Y así llegó hasta la casa del viejo Tobías.

El viejo Tobías era el encargado de proporcionar los coches al empleado de pompas fúnebres. No había ningún cadáver digno en la ciudad que no diera su último paseo en uno de los carromatos de aquel fulano. Los había de todos los precios, pero en especial lujosos.

Ted Evans chascó dos dedos.

—Eh, Tobías.

—Creí que ya no llegabas.

—Ya sabes que yo siempre cumplo lo prometido.

—Menos con las mujeres… ¡Je, je…!

—No me hables de mujeres. Estoy de ellas hasta la coronilla.

Tobías le hizo entrar.

—Bueno, no perdamos tiempo, muchacho.

—Ya conoces mis planes. Tú eres el único que los conoce bien, viejo.

—Cierto, aunque mi papel va a ser muy secundario.

—Pero confío en ti. Cuando tenía la banda, nos has ocultado muchas veces a mí y a mis hombres.

—Sabes que yo nunca te engañaría.

—Por eso te he contado mis planes. A ver, repasemos punto por punto.

Tobías le hizo pasar al interior de su tienda.

Era bastante lúgubre, como correspondía a un negocio de aquella clase. No había en ella más que carruajes pintados de negro, uno de los cuales tenía los animales enganchados.

Algo llamaba la atención en ellos.

No eran lentos percherones, como los que solían llevar la gente al cementerio, sino magníficos corceles capaces de realizar una rápida carrera.

—Los he escogido entre los mejores por si hay que huir a toda prisa —murmuró Tobías—. Te garantizo que cuando ésos se animan es difícil alcanzarlos.

—Magnífico. Veo que lo has preparado todo…

—Exactamente como tú me dijiste.

Ted Evans paseó su mirada por el enorme almacén donde estaban los carruajes para convencerse de que nadie podía oírles.

Durante meses había preparado este momento, desvelándose para que no faltara ningún detalle. Pero ahora que todo estaba a punto de culminar, no se sentía nervioso. Todo le parecía tan fácil como un juego de niños.

Y en realidad iba a serlo…

—Repasemos —insistió.

—De acuerdo. Yo tomo ese carruaje, que tiene un doble fondo, y me dirijo a la parte posterior del Banco —susurró Tobías.

—Exacto.

—Me detengo allí, y si alguien me pregunta digo que me han pedido recoger un cadáver, pero que estoy esperando porque uno de mis caballos no obedece a la rienda, y quiero que se calme.

—Perfecto.

—De todos modos depende del tiempo que haya de estar de

plantón allí. ¿Cuánto has calculado?

—Cinco minutos.

—Estupendo. Eso no llamará la atención a nadie.

Ted se puso un cigarro entre los dientes.

—Bien. Continúa.

—Tú me lanzarás los sacos de billetes desde una ventana del primer piso —murmuró Tobías—, la anchura de cuya reja has calculado para que pasen bien. Yo no tengo más que ir colocándolos en el doble fondo. Ése es el momento delicado. Conviene que nadie me vea.

—No te preocupes: toda la población estará en otro lado.

—¿Cómo piensas conseguirlo?

—Es cosa mía.

—Bueno, pues en ti confío… Cuando tenga los billetes llenando el doble fondo, me largaré tranquilamente. Como algunas veces trabajo en las ciudades vecinas, nadie se extrañará si salgo. A diez millas de aquí, en el Valle de los Álamos, nos reuniremos, tú te harás cargo del dinero y yo cobraré mi parte. ¿De acuerdo en todo?

Ted lanzó una bocanada de humo.

—De acuerdo. Me has entendido perfectamente.

—Pero en cambio yo no te entiendo a ti, muchacho.

—¿Por qué?

—¿Y lo preguntas? Hay en tu plan una montaña de puntos oscuros.

—¿Por ejemplo…?

—Por ejemplo, el guardián. Hay uno que da vueltas continuamente al edificio.

—No pienses en él. Como si no existiera.

—¿Acaso vas a…?

—Es asunto mío.

Tobías se encogió de hombros, sabiendo que era inútil pedir explicaciones.

—Otra cosa, la más difícil.

—¿Cuál es?

—Me pregunto cómo infiernos lograrás abrir la puerta exterior. Y, sobre todo, cómo piensas abrir la de la caja fuerte. No tratarás de emplear la dinamita, ¿eh? Aparte de que no conseguirías nada, despertarías a la ciudad entera.

Ted Evans rió, mientras exhalaba vina bocanada de humo.

—Ésa es la parte más sencilla —dijo.

—¿Cómo lo lograrás?

—Voy a contártelo todo. En realidad ya conoces tantos detalles que no importa uno más.

—Yo lo agradezco, Ted. Es lógico que lo sepa todo, si hemos de trabajar juntos.

—Pues ahí va: tú sabes que Kinton construyó, no sólo la caja fuerte, sino también la puerta exterior, que se abre por medio de combinación. ¿No es eso?

—Cierto. Y todo el mundo sabe que Kinton hacía cajas realmente invulnerables.

—Sí, pero a su modo era un granuja. De vez en cuando *se equivocaba*. Mejor dicho, sólo se equivocó una vez.

—¿Cuándo?

—Fue en el robo del Chase Bank, en Kansas. No sé si lo recuerdas.

—Sí. Se llevaron cien mil dólares. Pero caso de dar el golpe una noche antes, se hubieran llevado un millón.

—Con eso contaba él, pero se equivocó en la fecha.

—¿Dices que *contaba*? ¿Es que cometió un atraco?

—Hizo algo muy sencillo. Era tan hábil que ideaba los resortes de modo que éstos, fuera cual fuese la combinación elegida por el dueño, se abría empleando una combinación fija, una que había elegido él. Por ejemplo, supongamos que el propietario del Banco empleaba la palabra «quieto» para combinación. En apariencia, la caja sólo funcionaba con ella. Pero también podía abrirse empleando la combinación «Arabella» —sigue siendo un ejemplo— que era la combinación puesta como «fija» por Kinton.

Tobías se pasó una mano por la cara.

Había palidecido.

De pronto empezaba a comprender muchas cosas que poco antes le habían parecido inexplicables.

—Por tanto, Kinton entró en el Chase Bank cuando quiso… —balbució.

—Y sin forzar nada. Aparentemente el ladrón era alguien que conocía la combinación, y por eso el cajero fue a la cárcel. Estuvo dos años en ella, hasta que pudo demostrar su inocencia, pero el

asunto no se aclaró. ¡Naturalmente que no se aclaró! Luego ese buitre de Porter encargó a Kinton la caja más sólida, resistente y cara que había construido en su vida.

—Comprendo. Sigue.

—Si Porter se gastaba tanto dinero en una caja así era porque pensaba guardar fondos importantes. Y, en efecto, el Colorado Bank es uno de los más sólidos de este Territorio. En el instante mismo de recibir el encargo, Kinton ya empezó a pensar en repetir su hazaña, pero esta vez con más acierto. Lo mismo en la puerta exterior que en la caja de caudales puso también una «combinación fija».

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Porque olí el asunto. Conozco bastante bien la técnica de las cajas fuertes, de modo que pude emplearme a sus órdenes. Los otros operarios también barruntaban algo. El caso fue que hubo un auténtico interés por adivinar incluso los pensamientos de Kinton. De todos modos los resortes delicados de la combinación sólo los tocaba él, de manera que nos tenía en la incógnita.

—Sigo sin entender. ¿Cómo conoces tú la combinación que puede abrir esas puertas?

—Porque me preocupé de conocer un poco a Kinton. Supe que él sólo había amado a una persona en su vida, y esa persona era su difunta esposa.

—¿Arabella?

Ted lanzó una carcajada.

—¿Lo ves? Tú también empiezas a ser listo, abuelo.

—Es una deducción lógica.

—Tenía que ser una palabra que Kinton nunca olvidase y que no necesitara apuntar en ninguna parte. Sí… Tiene que ser «Arabella». Puedo estar equivocado, cierto, pero ahí está el principal riesgo de mi aventura. «Arabella»… —y pareció acariciar aquella palabra que durante semanas enteras había ejercido una profunda fascinación sobre él—. Sí, ése ha de ser el nombre que me abra las puertas de la fortuna. Me bastará marcarlo en la combinación para…

Y no continuó porque realmente no hacían falta más palabras.

El viejo Tobías lo había entendido todo. Todo menos una cosa.

—¿Y los demás? —murmuró—. ¿Se enteraron?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Era posible que sí, era posible que no. Naturalmente, no iban a decírmelo, y yo no sabía si intentaban dar el golpe anticipándose a mí. Por eso los maté.

Tobías palideció.

Sus ojos tuvieron una expresión huidiza al decir con pena:

—Has cambiado mucho, Ted.

—¿Y eso qué importa? Hay mucho dinero en juego, ¿sabes? También el cerdo de Porter mató a Kinton, en parte porque debía sospechar algo y en parte por no pagarle. Y ahora no perdamos más tiempo. Hemos de actuar.

Tobías hizo un gesto afirmativo.

—Ya ves que está todo dispuesto.

—Pues vamos allá.

Salió. Ted Evans primero, dirigiéndose al Banco. Pero no fue en línea recta, porque tenía cosas muy importantes que hacer antes de abrir la puerta. Como habían sido calculados los movimientos del guardián, se apostó en una de las esquinas de la puerta posterior.

Lo oyó venir.

Lo que sucedió a continuación no fue difícil para él. Un golpe, un chasquido y un leve grito. El guardián cayó de bruces, con la base del cráneo hundida.

Entonces Ted se puso un cigarro entre los labios.

Tenía que obrar con tranquilidad, con desenvoltura. Tenía que producir la sensación de un hombre que da un paseo nocturno.

Llegó a la fachada del establecimiento y se acercó a la puerta. Con la mayor naturalidad maniobró en las ruedecillas. Parecía muy tranquilo, pero en realidad contenía la respiración. Hubo un momento, cuando creyó que había fallado, en que tuvo la sensación de que su corazón dejaba de latir.

Marcó las siglas «Arabella».

Oyó el sonido de los resortes al encajar. Nadie pasaba en aquel momento por la calle. Sin duda había gente en el hotel, pero nadie se fijaba en lo que estaba sucediendo al otro lado de la calle.

Cuando la gente mira las cosas por pura rutina no repara ya en los detalles. Y todo el mundo estaba demasiado acostumbrado a ver los puestos de Colorado Bank.

Ted Evans empujó.

La puerta se abrió silenciosamente.

Entró con la mayor tranquilidad, como si estuviese haciendo algo sin importancia, y cerró a su espalda. Una vez se encontró en la oscuridad del Banco, lanzó un suspiro de alivio.

Fue hacia la caja fuerte.

Si la clave «Arabella» no había fallado a la entrada, tampoco fallaría ahora.

Sus dedos se movieron con pericia sobre los mandos. Conocía bien la caja por haber ayudado a construirla, de modo que empleó muy pocos momentos en aquella tarea. Volvió a suspirar, ahora con satisfacción, mientras tiraba de la puerta hacia él.

El enorme bloque de acero giró sobre sus goznes. El interior de la caja quedó al descubierto.

Los ojos de Ted brillaron.

Tenía a su alcance la fortuna; había llegado a lo más alto, según su especial concepción de la vida; había llegado al momento que siempre soñó.

Fue sacando los sacos uno a uno, sin pausas, pero también sin precipitarse. Cada uno de ellos estaba lleno de crujientes billetes nuevos. Los arrastró hasta la ventana elegida para lanzarlos.

Había calculado bien. Los sacos pasaban perfectamente por entre los barrotes, debido a la flexibilidad de los billetes.

Abajo estaba Tobías, como había convenido.

Éste iba recogiendo los sacos y colocándolos en el doble fondo de su lúgubre carromato. Pronto la operación estuvo totalmente terminada.

A Ted sólo le quedaba por hacer otro viaje.

Volvió a la caja, recogió los dos últimos sacos y la cerró.

Iba a deslizarse con ellos cuando oyó un ruido en la puerta exterior.

¡Infiernos! ¡Alguien llegaba!

Apagó el quinqué que le había alumbrado hasta entonces y se pegó a una de las paredes. La puerta exterior, en efecto, se había abierto. Una silueta se recortaba confusamente en el umbral.

Luego aquella puerta volvió a cerrarse.

Ted Evans contuvo la respiración.

¿Era tal vez el *sheriff*? ¿Quizá alguien había advertido que estaban ocurriendo cosas extrañas en el interior del Colorado Bank?

Los ojos de Ted, habituados a la penumbra, distinguieron al cabo

de unos instantes a su inesperado visitante.

Sus labios se apretaron en una mueca de incredulidad.

¡Infiernos! ¡Era su hermano Johnny!

¡Había olido algo y quería investigar en el Banco!

Ted estuvo a punto de lanzar una maldición. Si ahora Johnny lo descubría, se hundiría todo.

Y él no estaba dispuesto a que esto sucediera.

El no quería perder una fortuna cuando ya la tenía en sus manos.

Había peleado mucho para llegar hasta allí. No iba a detenerse ahora.

No le importaba tanto como el dinero conseguido. Poco a poco su derecha alzó el revólver.

Hundió prácticamente el cañón en el saco de billetes, para que la detonación no hiciera ruido.

Johnny estaba apenas a cinco pasos y no le había visto.

Ted Evans hizo fuego.

El saco de billetes ahogó la detonación, que se oyó perfectamente en el interior del Banco, pero no así de puertas para fuera. Ted cerró los ojos en el momento de disparar. Había sentido como un pinchazo en el corazón, como una sacudida que le llegaba hasta el fondo de los nervios.

Vio a Johnny caer.

Ted tragó saliva lentamente, y esa saliva le supo amarga, más amarga que en cualquier otro momento de su vida. Había disparado contra su hermano por unos puñados de billetes. Lo había convertido en la última víctima cruzada sobre el camino de su riqueza.

Se acercó a él.

Johnny había perdido el sentido, pero no estaba muerto. La bala le había atravesado un costado, superficialmente, y el único peligro estaba en la pérdida de sangre. Ted se pasó una mano por la boca.

Durante unos segundos dudó qué hacer y al final se decidió por el camino más fácil y más cobarde.

Arrojó el último saco por la ventana, decidió olvidarse de su hermano y salió a la calle.

Utilizó la puerta principal, tranquilamente, la misma por la que había entrado.

En la calle no se veía a nadie.

No se había oído el disparo desde el exterior. La sensación de calma era absoluta.

Ted aspiró aire hondamente.

Había disparado contra su propio hermano, pero al fin acababa de triunfar. Ya era un hombre rico. Sólo tenía que marchar de allí, alejarse cuanto antes y reunirse luego con Tobías.

En sus sienes habían surgido unas gotitas de sudor helado.

Ahora que estaba todo resuelto era cuando sentía más miedo, más ansiedad.

Se alejó de la puerta y en ese momento un individuo bajito y rechoncho se acercó a él.

—¡Eh! ¡Eh, señor Evans!

Ted se volvió.

Recordaba aquel tipo. Era el notario de… ¡Ah, sí, era el notario de Denver!

El hombre estaba ya junto a él.

—¿No me recuerda?

—Claro que sí. Usted me habló de que quería verme en Denver.

—Pues ésta es una magnífica ocasión —susurró el notario.

Ted se alejó todo lo posible del Banco, por si las moscas.

Pero el otro le siguió.

—Mire… Es que ahora tengo prisa. ¿No podríamos dejar eso para otro día?

—¿Dejarlo? ¿Por qué?

—No creo que sea tan importante —dijo Ted.

—Debe serlo… Vamos, escúcheme un par de minutos.

Ted se resignó, aunque siguió andando para alejarse todo lo posible del Banco.

—Marta me entregó un escrito —dijo el notario, pegajoso—. Usted lo sabe.

—Sí, me lo dijo.

—Ya sabe también que se casó con Porter, ¿eh?

—Sí… Claro que lo sé. Fue lo que se dice una buena noticia. ¡La muy condenada…!

—¿Por qué piensa así, señor Evans?

—Es cosa mía.

—Pues parece que Marta no piensa lo mismo que usted. Ella lo

hizo todo pensando en su beneficio, señor Evans.

—¿Hacer? ¿Qué?

—Le otorga una donación.

—¿Una donación? ¿De qué?

—Quizá sea conveniente que empiece por el principio, señor Evans.

Ted ya estaba impaciente, pero al mismo tiempo lleno de curiosidad. De modo que masculló:

—¡Hable! ¡Diga lo que sea de una vez, demonio!

—En primer lugar, sepa que Marta ya es viuda.

—¿Qué…?

Nunca Ted se había sentido tan asombrado. Palideció. Sus manos temblaron nerviosamente.

—Ella sabía que Porter iba a morir —susurró el notario.

—¿Cómo lo sabía?

—Debió oírlo. El hombre que mató a Porter lo dijo. Lo mató, por decirlo así, a plazo fijo. La bala fue resbalando hasta el corazón.

—¿Y ella sabía que…?

—Sí. Sabía que moriría y que…, en fin, no iba a poder tocarle ni una mano. Por eso se casó con él, con una condición.

—¿Qué condición?

—Que le nombrara heredera absoluta de todos sus bienes.

—¿Y él aceptó?

—Hombre…, la verdad es que Marta le gustaba mucho. Estaba obsesionado por ella. Y lo que menos creía Porter en el mundo era que fuese a morir. De modo que luego pensaba aprovechar el tiempo.

Ted se pasó una mano por la boca.

Y esa mano temblaba.

—¿Por qué hizo eso Marta? —balbució.

—Para poder dejarle a usted todos los bienes de su difunto esposo —dijo el notario—. Y se los ha dejado, amigo mío. Ella ya no tiene nada ni quiere nada, pero usted es fabulosamente rico. Entre otras cosas…

Señaló el edificio que había dejado atrás.

—… Entre otras cosas —continuó—, es usted dueño del Banco del que acaba de salir. Y prácticamente de casi todos los fondos que hay depositados en él.

La derecha de Ted, que aún seguía tapando la boca, cayó sin fuerzas a lo largo de su cuerpo.

Y de pronto rompió a reír.

Su risa fue escandalosa, fuerte, áspera. Verdaderamente era la risa de un loco.

Y eso fue lo que creyó el notario: que Ted Evans había enloquecido.

—Comprendo que es una buena sorpresa —farfulló—. ¡Diablo, claro que lo es! ¡Convertirse de la noche a la mañana en el hombre más rico de Colorado! Pero no hay para reír así… ¿Qué le pasa, amigo? ¿Qué mosca le ha picado?

Ted Evans parecía no oírle.

Seguía riendo como un loco.

Se alejó del notario y echó a andar. Sus ojos brillaban con una llamita triste; sus ojos reflejaban desesperación; a pesar de las carcajadas, las manos seguían caídas sin fuerzas a lo largo de su cuerpo.

Recordaba los crímenes que había cometido. Recordaba los cadáveres que había dejado en su camino, para llegar hasta allí.

Seguía riendo.

Vio al hombre que estaba en lo alto de aquel tejado, sin tratar de ocultarse. Vio su rifle y hasta creyó distinguir a distancia sus ojos entrecerrados, sus dedos listos para matar.

No trató de ocultarse.

Podía haberse salvado haciendo un quiebro o lanzándose al suelo como otras veces, pero ni siquiera lo intentó.

Fue avanzando.

Su figura alta, delgada, se recortaba en la neblina.

Gregory disparó. Disparó una vez, dos veces. Su índice se cerró frenéticamente sobre el gatillo.

La risa de Ted Evans cesó.

Cayó de rodillas. Cuatro espantosas heridas se marcaban en su pecho.

Y sin embargo, sonreía. Nunca había visto nadie, en Denver, a un hombre que sonriera de aquel modo al morir.

Johnny Evans paseaba silenciosamente. Aún cojeaba un poco a causa de la bala en la cadera, pero eso sólo se notaba en determinados momentos. Sus ojos nublados miraban hacia el vacío.

Llevaba días y días sin decir una palabra.

Hasta que aquella sombra se posó junto a la suya.

Marta musitó:

—Sabía que estabas aquí, Johnny.

El no la miró.

—Me trajeron después de lo del Banco —dijo, sin apenas despegar los labios.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor. Casi bien.

—Me han dicho que te querían dar una recompensa por recuperar el dinero. Lo hallaron en un carro abandonado cerca de Denver. Y que tú la has rechazado.

—La he rechazado porque en realidad me lo dabas tú, Marta.

—No, no era yo. Era el municipio de Denver. Ahora el Banco es suyo. Yo no lo quería. Le he regalado, así como suena. No lo quiero.

El la miró sorprendido. Nunca le había visto tan bonita, pero quizá tampoco tan triste. Susurró:

—Es un gran gesto, Marta.

—Y el tuyo también lo fue.

Temblaron sus labios al añadir:

—Yo quería…, decirte lo mucho que quise a tu hermano. Decirte que ahora, sin embargo, he visto mi vida con terrible claridad. Mi vida desnuda, tal como es, tal como he sido siempre.

—Nunca es tarde cuando alguien ve el camino —susurró Johnny —. Y te agradezco que hayas venido, Marta.

Le estrechó la mano con fuerza, soltándosela enseguida, como si sólo quisiera saludarla. Pero los dos se dieron cuenta de que aquel abrazo significaba mucho para sus vidas.

Siguieron caminando juntos. Pero no se atrevieron a mirarse.

FIN